



# LA ESPAÑA MÉDICA,

IBERIA MÉDICA Y CRÓNICA DE LOS HOSPITALES.

PERIÓDICO OFICIAL

DE LA HOSPITALIDAD DOMICILIARIA Y PROVINCIAL DE MADRID, DE LAS ACADEMIAS MÉDICO-QUIRÚRGICA MATRITENSE Y QUIRÚRGICA CESARAUGUSTANA, DEL CUERPO MÉDICO-FORENSE Y DE LA SOCIEDAD FILANTRÓPICA DE PROFESORES DE CIENCIAS MÉDICAS.

SE PUBLICA TODOS LOS JUEVES.  
Los suscritores por un año tienen el derecho de señalar el mes en que han de verificar el pago.  
Los números sueltos se venden á DOS rs.

PRECIOS DE SUSCRICION (pago adelantado).		
MADRID.	PROVINCIAS.	ESTRANJERO.
Un trimestre . . . 12 reales.	Un trimestre . . . 15 reales.	Un año . . . . . 80 reales.
Un semestre . . . 24	Un semestre . . . 30	AMERICA. FILIPINAS.
Un año . . . . . 48	Un año . . . . . 60	100 160

Se suscribe en Madrid en la Redacion, calle de Jardines, 20, 3.º de la Izq., y en la libreria de Bailly-Bailliere, y C. Moro y Compañia. En provincias en casa de los correspondientes ó por carta á la redaccion.

## ADMINISTRACION DE LA ESPAÑA MÉDICA.

Los señores suscritores que nada tienen advertido á esta Administracion, y que no hayan remitido cantidades antes del 10 del corriente, se servirán reservarlas hasta la presentacion del giro hecho en dicha fecha.

## SECCION PROFESIONAL.

### LA ESPAÑA MÉDICA.

Sin renunciar á nuestras propias convicciones, pero dispuestos siempre á dejarnos convencer cuando con nobleza y lealtad se nos cite al campo de la discusion tranquila y desapasionada, insistimos hasta hoy en los mismos principios que siempre hemos venido defendiendo, así en lo profesional como en lo científico: esperamos que de la oposicion de los sistemas, opuestos en cierto modo tal vez más que real, aparentemente, brote más ó menos tarde el bien á que aspiramos en obsequio de nuestra numerosa y dividida clase; y lamentamos, por tanto, con verdadero sentimiento todo motivo de disension de familia, por decirlo así, toda polémica que lejos de unir separe, que lejos de elevar la opinion la deprima, que venga, en último resultado, á sembrar la cizaña entre nosotros mismos con perjuicio de nuestros primeros intereses morales, los de honra y dignidad, y los de los materiales que otras clases sociales con menor razon al-

canzan. Por estas razones esquivamos y evitaremos estos escollos en lo sucesivo con el más decidido empeño, y sentiremos vernos provocados por los demás á un terreno inconveniente y resbaladizo.

Dueños todos de refutar nuestras doctrinas, buenas ó malas, no lo son asimismo de faltarnos en lo mucho que exige la honra y opinion de cada cual desde lo que las más ligeras reglas de urbanidad prescriben hasta lo que el bien entendido compañerismo, la amistad y respetos de otro género con fundamento piden. Así lo procuramos y procuraremos con los demás, respetando sus opiniones, aunque las hagamos frente de un modo razonado; pero nunca penetrando el sagrado de la intencion cuando este no se halle tan á descubierto que se deje ver por sí propio.

Así pensando, admitimos y publicamos las doctrinas de los demás, bien que en poco ó mucho puedan diferir de las que nos pertenecen ó por las que abogamos, y así siempre claramente y con nobleza lo esponemos.

Hoy, por ejemplo, que damos publicidad al escrito del Sr. Ramos Perez, que contesta de cuenta propia, como nosotros anteriormente lo hicimos por la nuestra, al remitido del Sr. Alonso sobre las pretensiones de los cirujanos y la resistencia de los médicos, no cerramos por eso nuestras columnas, como ha visto el Sr. Alonso, á los que en contra de ellas se nos puedan remitir como él lo hizo, sino que, amigos de la libertad del pensamiento, estamos siempre dispuestos á que la verdad se depure con la luz de razones en-

contradas, vistas del lado de la conveniencia de cada cual y de la general conveniencia, que es del que nosotros la veíamos en esta misma cuestion en nuestro número anterior.

Despues de lo allí manifestado, despues de lo terminantemente espuesto sobre la famosa cuestion de nivelaciones, solo el amor de las propias opiniones puede esplicar que haya periódico que, como el *Siglo Médico*, pretenda hacer ver á los suyos, con trozos entresacados de nuestro articulillo y compuestos á su manera, que sin duda alguna pedimos para orden y armonía de la clase la agregacion *in solidum*, y permítasenos la frase, la invasion *por sorpresa*, la nivelacion *en el todo de facultades* nada menos que de seis mil cirujanos. La caridad del *Siglo* para con nosotros no puede ser mayor ahora, como siempre que de nosotros se quiere ocupar: los que le crean por su palabra juzgarán de nosotros como el *Siglo* quiere que se nos juzgue. ¿Por dónde se comprende que nosotros pretendamos lo que nuestro colega quiere hacer creer á los demás? ¿Cómo puede juzgárenos así, cuando en nuestro mismo artículo marcamos precisamente lo contrario, cuando decimos *que solo admitiremos la nivelacion acompañada de un arreglo de partidos*, y que por juzgarla muy necesaria y muy justa nos esforzamos en pedir pronto el arreglo de partidos, que es el único que puede remediar los inconvenientes que ella sola de por sí tendria? ¿Por qué con igual claridad y nobleza no se espresa nuestro ilustrado compañero.



Todavía esperamos de su hidalguía que así lo haga; y entienda que si nuestra escasa autoridad ha caído antes y ahora en el platillo de los cirujanos, ha sido porque la misma ha procurado procura y procurará, defendiendo nuestro plan, que en la organización propuesta en defensa de aquellos, lejos de perjudicar á los *médicos puros* como superiores, y á los *médico cirujanos*, haga que las seguridades y las ventajas estén en armonía con los *títulos de cada cual y sus merecimientos*: si así lo hace, tendremos un placer en verle en el terreno de la caballerosidad en que siempre debe hallarse la prensa digna; de otro modo nos autorizará su conducta á formar una opinión, que poco importará que nos reservemos, si de puro trasluciente se la ha de conocer y valorar la clase médica.

Se responde á las preguntas de D. Francisco Alonso.

Los fundados y plausibles motivos que ha tenido la competente persona de don Francisco Alonso para dirigirse con sus nueve preguntas á la prensa imparcial facultativa son los mismos que obligan á nuestra pluma á contestarlas por igual conducto, á fin de que sus directores y compañeros de redacción, así como la opinión pública, puedan formar recto juicio sobre negocio tan importante.

Primera. ¿Es una verdad que la clase quirúrgica gime abatida, y por los médicos perseguida en los partidos donde residen, ó es por el contrario tolerada años hace por aquellos, y rara vez denunciada, aun cuando su estralimitación haya lastimado intereses justamente atendibles?

Que la clase quirúrgica gime abatida es una verdad demostrada hasta la saciedad; y que así ha de continuar mientras no se la guarden las consideraciones que se guardan á otras clases del Estado, ninguna duda puede haber al hombre pensador que á la ciencia pertenezca. Mientras permanezcan eliminados sus individuos de las juntas de beneficencia, de las plazas de cirujano de hospital, del reconocimiento de quintos, de profesores forenses previa oposición pública, y continúen, por otra parte, esclavos de la tiranía de ayuntamientos y caciques de los pueblos, sin tribunal especial de la clase que premie y castigue, sin ninguna garantía al justo, y tal vez mezquino, pago de su trabajo, sin recompensa alguna para

la vejez, ni seguridad de pan para su familia, condenados á no hallar colocación sino en puntos que no soliciten los médico-cirujanos, siempre, y para todo preferidos, según así se ha procurado inculcar por todas partes, ilusión bien cándida sería pensar en que ella salga de tamaño abatimiento.

En cuanto á si son ó no perseguidos por los médicos en sus intrusiones, forzoso es decir, que hay de todo en la viña del Señor. Hay, en efecto, médicos tolerantes, al paso que otros son intransigentes. A los primeros rara vez les mueve á ello la bondad de su corazón, el amor fraternal, el deseo de *no encender la tea de la discordia entre hermanos*; muéveles, mas bien, el temor de no disgustar y atraerse malquerencia de parte de tantos como en sus dolencias médicas tienen el *estragado* gusto de entregarse á la exclusiva dirección de los cirujanos: su amor propio y la voz de su conciencia no permiten desconocer la práctica é ilustración médica que tantos cirujanos atesoran, y cuyos fraternales consejos en todos sentidos, han servido grandemente á muchos médico-cirujanos sus hermanos recientemente salidos de la escuela: saben que, á pesar de tanta protección como el gobierno se empeña en dispensarles no han podido aun darles póliza de seguros de salud, y que llegarán días en que necesiten el auxilio del cirujano para sí ó para sus enfermos, mal que les pese. Y finalmente, no es dado olvidar que el gobierno mismo ha venido á buscarles en los amargos días de epidemias, en los cuales, si los médico-cirujanos han demostrado muy alto su abnegación y heroísmo, no han sido menores las víctimas de cirujanos sacrificados en ellas. Los segundos, por el contrario, tan irreflexivos como impolíticos, prescinden de todo esto; rigoristas ciegos por una ley cuyos defectos manifiesta la experiencia, y cuya reforma vienen pidiendo á voz en cuello pueblos y facultativos, no quieren tolerancia en las intrusiones de los cirujanos, siquiera consientan la de los curanderos; acuden á los tribunales, que sentencian según la ley, aunque tantas veces contra sus convicciones y experiencia propia; alborotan y escandalizan con sus reyertas los pueblos en perjuicio de los enfermos, que vienen, por carambola ó rechazo, ó pagarlo bien

caro. Esta es la verdad, y si nuestro interrogador la ignora, que no lo creemos, permitido será decir que no conoce los pueblos de la península, ó que se ha olvidado lo que en ellos acontece.

¿Cómo puede explicarse el abatimiento de una clase que acrece diariamente sus dotaciones; que agranda sus partidos; que supe meses y aun años, vacantes de su clase con gran lucro; que abandona á ministrantes y barberos partidos que antes desempeñaba, y consigue desprenderse de una mecánica humillante y depresiva?

¿Cómo puede explicarse? Muy satisfactoriamente por un principio de economía política sabido de todos. Hoy el jornal de un trabajador vale diez reales, cuando el que corría en años pasados lo era solo de cinco; ¿han mejorado en ello los jornaleros? No por cierto; por la sencilla razón de costarles duplicado los medios de subsistencia; de forma, que tan miserable se encuentra en el día como en los años pasados. Si algún cirujano ha duplicado su partido, ó ha servido vacantes lucrativas á costa de su pellejo, según nos dice el final del interrogatorio, en cambio hay un duplicado número á quienes se ha arrebatado el partido que venían sirviendo por más de veinte años á satisfacción y contento del vecindario, para formar con él un círculo médico creado á la fuerza, como en la provincia de Segovia, Guadalupe y otras, viéndose precisados los despojados *ab irato* á pasar á otras provincias libres de los Fanlos por la misericordia de Dios, por si hallar pudieran un partido de ministrante para no morir de hambre con sus familias. Cierto es que han conseguido algunos cirujanos, no todos por desgracia, desprenderse de la mecánica consabida, gracias á la bondad y poder del gobierno que tal ha querido; empero, esto, que aumenta su honra y la de la clase toda, no destruye las otras muchas causas del abatimiento en que se encuentran.

Segunda. ¿Es cierto que solo la necesidad y un deber apremiante de humanidad es la causa de la estralimitación de los cirujanos? Si es así, ¿cómo tienen lugar estas donde residen profesores autorizados competentemente?

Un gran número de pueblos pequeños que carecen de médico, junto á la experiencia diaria, contestarán á la primera cláusula de esta pregunta, y sus cirujanos añadirán, que no es solo la necesidad de atender á la pública salud como acto de caridad quien les precisa á ser univer-



sales, sino también la obligación que al tomar sus títulos, se les impuso de hacerse así cuando médico no hubiera, y al efecto, se cuidó de darles la instrucción médica que para ello se requería, en cuyo proceder no cabe la terrorífica voz de *intrusion*. Las estralimitaciones de los cirujanos donde residen profesores competentemente autorizados, tienen lugar por esa persuasión en que la mayoría del pueblo está de que, pagando de su bolsillo, puede elegir un curandero, ó mejor un cirujano cuya capacidad y práctica le ha demostrado la experiencia; sin curarse para ello de leyes ni categorías. Porque insiste en creer que los títulos no dan ciencia por más que la supongan, que no todos los doctores son doctos aunque debieran serlo, y que el número de los bachilleres es esfinito; y como al pueblo, en punto á filosofía, hay que tomarle como es, y no como debiera ser, de aquí este y otros errores que solo puede remediarlos una sabia ley de sanidad civil de que carecemos, y que tantas veces compromete á los cirujanos á intrusarse sin quererlo, por no disgustar á los que les mantienen, y de quien solo depende su subsistencia y la de su familia, toda vez que no se halla un gobierno que se la asegure en medio de tantos sueldos, jubilaciones y cesantías pingües como se reservan para otras clases del Estado. Así que, si el cirujano no se intrusa no come; si se estralimita, es inhumano ofendiendo al hermano... ¡Situación lamentable, que tanto debía llamar la atención de las capacidades de la ciencia y de la administración, para remediarla!

Tercera. ¿Han practicado la medicina los cirujanos en pequeñas y grandes poblaciones, cuando después de largos años de privados estudios pudieron adquirir el convencimiento de que estaban en aptitud de ser útiles á la humanidad, ejerciendo una ciencia de la que no podían tener sino muy someras nociones al aprender la cirugía; ó se han dedicado, por el contrario, á su ejercicio desde el día en que recibieron su restringido título?

Vamos por partes. Desde aquel día en que se reformó la clase quirúrgica y recibieron estos profesores sus títulos restringidos, aunque no tanto que no les mandare obrar como universales á falta de médico; desde aquel día, repito, principiaron á ejercer la medicina en sus pueblos, como únicos profesores en ellos existentes. El trascurso de los años dedicados al estudio de la patología interna, cuyas

dolencias eran más frecuentes; esas nociones someras de medicina, empero, muy bastantes para edificar sobre ellas, y formar así un médico práctico, siquiera no sea erudito; su clínica constante, y tan libre que permitía comparar y apreciar á la cabecera de los enfermos ese *mare magnum* de teorías y opiniones médicas más ó menos plausibles; su posición aislada de toda sociedad, cuyo silencio tanto estimula al estudio y á la meditación; y finalmente, su trato y consultas frecuentes con los médico-cirujanos, y familiaridad con la prensa médica, ha venido á darles más tarde un conocimiento de su aptitud para el ejercicio de la medicina; y tanto es así, cuanto que á la cabecera de los enfermos no encuentran novedades en el diagnóstico, pronóstico y parte terapéutica que hacen los médico-cirujanos, y que no les haya hecho conocer de antemano su estudio privado. Ven sucumbir en sus manos á los enfermos afectados de la tuberculosis pulmonal ulcerada, á los de cáncer del estómago, aneurismas de los troncos, hemorragias cerebrales fulminantes, etc. etc.; pero ven asimismo, que otro tanto sucede cuando estos desgraciados son tratados por universales; luego ¿á qué llevar la distinción entre las clases hasta el misterio y el hipóbole? ¿No conocemos unos y otros hasta donde frisa en certeza la medicina? ¿O son, por ventura, profanos los cirujanos á su filosofía? A pesar de todo ello, jamás el amor propio ha podido seducirlos á equipararse con los médicos, y menos con los del día; empero jamás asentirán á que la capacidad y aptitud para ser buen médico, sea patrimonio exclusivo de los que siguen ó han seguido la carrera de universales con exclusión de todos los demás.

Si es tanta la capacidad de estos profesores para la oscura ciencia médica, ¿cómo se explica el pequeño número de operadores en una clase tan crecida, que á veces no se encuentra en muchas leguas quien se atreva á hacer una amputación, la ligadura de una arteria, etc.?

No puede ocultarse á la alta ilustración de nuestro interrogador, que ha habido, hay y habrá sábios y profundos médicos, quienes á pesar de serlo, no harían una sangría con toda la perfección del arte: no por ignorar su teoría, sino porque una cosa es teorizar como médicos, y otra operar como cirujano, y porque *non omnes possunt omnino*. El no saber, ó no atre-

verse, á hacer la operación de la talla por todos sus procederes, no implica para tratar científicamente una pulmonía. En cuanto á que solo se halla un pequeño número de cirujanos capaces de practicar una amputación, ligar una arteria, etc., bien pudiera creerse hace veinte ó treinta años; mas hoy, permitirá nuestro apreciable D. Francisco le digamos que ha estado poco justo y harto equivocado en tan aventurada proposición; la prensa pública y la opinión general están demostrando lo contrario del aserto, y el desengaño no se haría esperar si le diese la humorada de dejar los chapiteles y bellezas de la Puerta del Sol de la corte para observar lo que pasa en estos techos pajizos. Ciertamente que algún número de cirujanos se abstienen de practicar algunas operaciones que el arte ha considerado siempre como grandes, arriesgadas y comprometedoras para quienes no han de hallar otro juez que un vulgo de quien depende, y cuyos enfermos pasan, por tanto, á manos de especialidades en medicina operatoria; pero ¿no sucede otro tanto con los médico-cirujanos en estos casos excepcionales? ¿Por qué nuestro simpático Sr. Alonso no estiende, con harto más motivo, su interrogación á los médicos puros á quienes tanto se ha facilitado de una plumada, y hoy se facilita el camino de hacerse cirujanos? Confesamos no nos pesa por ello, más bien nos complace; empero permitido será á los cirujanos reclamar igualdad en la justicia.

Cuarta. Concediendo que el amor á la humanidad tan solo les impela á ejercer la medicina donde no resida médico, ¿cómo se explica esa oposición sistemática al establecimiento de estos profesores en los pueblos que ocupan, y se creen despojados cuando su partido de cirujano es convertido en partido de médico cirujano?

Nuestro apreciable D. Francisco ha estado tan justo como caballero al conceder que el amor de la humanidad sea quien impela á los cirujanos á convertirse en médicos: al fin son humanos, aun cuando no sepan leer ni escribir; pero no es esto solo, hay además la obligación que para ello tienen y dejamos apuntada, conforme á sus títulos, cuando médico no existe. Cómo se explica esa oposición que los cirujanos presentan al establecerse un médico-cirujano en sus pueblos, el interrogador mismo lo ha dicho. Porque creen, y creen bien, que se ven despojados de sus



partidos y puestos en la calle sin piedad al *estilo segoviano*. Y en los partidos llamados abiertos, porque se aumenta así el número de profesores y no el de enfermos, acrecentando la miseria de unos y otros; y como la caridad mas bien ordenada principia por el individuo, de aquí esas oposiciones que el respetable señor Alonso califica de sistemáticas. ¿No le parece bastante motivo, no digo para oponer se, sino para desesperarse quien no es un ángel y tiene estómago? Nosotros suplicaríamos al sábio interrogador se dejase, por Dios, de interrogatorios tan importunos é inconducentes á situacion tan crítica, y emplease su alta capacidad en formular, ó coadyuvar á formar ese suspirado proyecto de sanidad civil del que ha de venir el remedio de este y de tantos otros males. La posteridad bendecirá su nombre, y jamás se apartaría del corazón agradecido de los hijos de Esculapio!

Quinta. Será cierto que solo los pueblos de doscientos vecinos en adelante pueden dotar decentemente un profesor en ambas facultades, cuando hay de estos últimos muchos que desempeñan su mision en poblaciones de ciento ochenta de ciento cincuenta y de ciento cuarenta vecinos respectivamente, sin los muchos que podrían formarse con agregacion de uno ó más pueblos próximos?

No es cierto que solo los pueblos de doscientos vecinos en adelante puedan dotar decentemente un profesor de ambas facultades; pueblos hay hasta de ciento que lo cumplirían muy bien; pero sí lo es que no es el número de vecinos quien exclusivamente dá la posibilidad de las dotaciones, sino más bien la riqueza territorial é individual, su civilizacion, la costumbre del país, su posicion topográfica respecto á los inmediatos, etc., etc. Así que, si alguno intentara un arreglo de partidos médicos en nuestra península tomando por base única el mayor ó menor número de vecinos de los pueblos, daría en ello una triste idea de sus conocimientos económico-administrativos. En cuanto á que muchos podrían agruparse para formar partidos de mayores dotaciones, ninguna duda cabe, aunque consultando y conciliando el buen servicio sanitario de todos los agrupados, y no llevando en tal conjuncion la maquiavélica idea de formar círculos médicos destinados para encumbrar á una mimada clase á costa de la ruina de las otras, cuyos derechos, grandes ó pequeños, es justicia respetar. Este

arreglo, y con él el de tantas otras cosas, viene siendo hace muchos años el desideratum de los profesores de partido, el que no llegará mientras la prensa profesional y los hombres de capacidad y genio administrativo que la clase cuenta, se ocupen extraviados en preguntas y respuestas que á nada bueno conducen sino á enervar unas fuerzas dignas de mejor empleo, esto es, en irse al bulto, al grande y principal secreto de la cuestion. Basta, pues, de parodiar á Jeremías sobre esa Jerusalén desolada y perdida, y convirtiéndonos al Señor, trabajemos de consuno en la reedificacion de su magestuoso y humanitario templo.

Sesta. Si un médico-cirujano no puede asistir con la perentoriedad debida á dos ó tres años próximos, ¿cómo se conducen los cirujanos con los que ellos tienen? Reparten sus miembros y su inteligencia en ellos para estar á la vez á las eventualidades que ocurran en los pueblos fuera de su residencia?

Así los universales como los cirujanos puros pueden igualmente dar la asistencia facultativa á dos ó tres años, cuando su distancia y demás no se oponga, sin que ni uno ni otro hayan de repartir sus miembros é inteligencia. Lo que hay en esto es, que existen en España gran número de pueblos que no es posible reunir para confeccionar un partido de dotacion tan decente cual se merece y desea un médico-cirujano. Las grandes distancias de unos á otros pueblos, lo accidentado del terreno, los rios intermediarios intransitables, las inaccesibles montañas en el invierno, la miseria de un país que no tiene otro pan que de centeno ó maiz, y finalmente, la carencia de tantos artículos precisos á la vida, por más que haya dinero con qué comprarlo, condenan á tales partidos á ser siempre reducidos, y, ó han de vivir sus habitantes abandonados á la suerte, ó han de tener algun facultativo que les socorra. ¿Y se pretende llevar á estos pueblos á un médico-cirujano jóven, hijo de casa pudiente y mecido en cuna dorada (porque esto y más se necesita para ponerse una muceta y borla amarilla), mimado, regalado y digno por sus estudios de mejor suerte?... Pues hé aquí las canongías, las prevendas pingües que quieren y disfrutan resignados tantos cirujanos con sus escasas aspiraciones, su frugalidad, su hábito á intemperies y privaciones; pues que algo bueno hemos de con-

ceder á estas víctimas á quienes con tanto encono se aja y denigra por sistema.

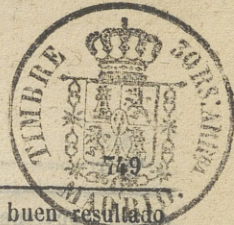
Sétima. Si la habilitacion médica de los cirujanos para pueblos de doscientos vecinos se consuma, ¿tendrán estos profesores la abnegacion bastante para seguir en los pueblos pequeños, ó se irán á esas poblaciones mayores hasta donde abarca su habilitacion, dejándoles abandonados á practicantes y barberos, tolerando por necesidad sus intrusiones?

Si el servicio de sanidad civil de España ha de continuar en el abandono cual le vemos; si sus profesores no han de tener otra ley de policia médica ni otro reglamento que marque los derechos y los deberes de la sociedad para con ellos, y vice-versa; si la clase médica ha de marchar como hoy sin autoridad del ramo que premie y castigue con justicia, y entregada á esa utópica libertad que algunos vienen sosteniendo con tan poco criterio, lo que equivale á decir que cada cual es muy dueño de hacer y pretender cuanto se le antoje, en tal caso la abnegacion de algunos cirujanos seria muy problemática, como lo seria igualmente con cualquiera otra clase, porque en todas hay hombres para todo. Mas, como no sea posible haya un gobierno, digno de este nombre, que pueda mirar ya con estóica indiferencia nuestras discordias trascendentales á los pueblos y á la humanidad doliente, y las quejas del vecindario que llegan hasta los representantes del país; de aquí el que lo contenido en esta pregunta no tenga lugar, porque una ley de sanidad civil, sabiamente combinada, destruiria este y otros obstáculos. De aquí la firme creencia de tantos, de que si el proyecto dado al público por el Sr. Cuesta y Ckrerner no fuese admitido en un todo por el Gobierno, no puede menos de que, más pronto ó más tarde, llegue á serlo con modificaciones ó sin ellas. Dada la ley, no cabe otra voluntad que la de la sumision y la obediencia.

Octava. ¿Terminarán las intrusiones de los cirujanos con su habilitacion médica, ó habrá que tolerársela en los pueblos de más de doscientos vecinos que les plazca instalarse, por no encender la tea de la discordia entre hermanos y sufrir desaires de las autoridades?

La anterior respuesta contesta á la presente que es *ejusdem furfuris*; añadiendo que, dado el caso de la habilitacion de los cirujanos, no cabe duda alguna que á ella seguiria la ley impediende de las transgresiones, sin tolerancia por no haber motivo para ellas; que las discordias se aminora-





rian mucho, cuando no terminaran, á cuya paz ganarian no poco la humanidad doliente y el sosiego público.

A la novena y última pregunta se responde: Que los cirujanos, que han querido pasar por la nota de ignorantes, jamás consentirán la de ingratos; y por ello dan las más espresivas gracias á cuantos, llevados de un sentimiento fraternal y amor de justicia, han sido tan galantes al favorecerles con sus simpatías. No tiene que evocarlas el interrogador para los médico-cirujanos, cuando tiene las de todos aquellos en general, siquiera sean para él de poca valía. En todas sus gestiones han querido, y constantemente suplicado, sean estas atendidas sin ofensa á la dignidad é intereses de clase tan ilustrada y benemérita. Jamás desconocieron su inferioridad respecto á aquellos, aunque dignos y valientes cuando han sido injustamente ofendidos; así ven con satisfaccion la justa preferencia que los reglamentos conceden á los médico-cirujanos á las plazas de enseñanza, baños minerales, ejército y armada, etc., etc.; y finalmente, viven persuadidos de que á la primera mesa de festin han de sentarse; pero que seria un acto inhumano en ellos no permitir á los cirujanos recoger las migajas y despojos que en ella queden: *colligite fragmenta ne percant.*

Francisco Ramos Perez.

ACTOS DEL GOBIERNO.

SANIDAD MILITAR.

REALES ÓRDENES.

1.º Noviembre. Nombrando médico interino del primer batallon del regimiento infanteria de Mallorca á D. Ignacio Valles y Xarrié.

Id. id. Id. del batallon cazadores de Alba de Tormes á D. Antonio Arruti é Iturbide.

Id. id. Concediendo Real licencia al primer ayudante médico de Cuba D. Florentino Diaz Ruiz.

SANIDAD DE LA ARMADA.

31 octubre. Ordenando se embarque de dotacion en la goleta *Vencedora* el segundo ayudante del cuerpo de Sanidad de la armada D. Antonio Ruiz de Valdivia y Aguilera.

3 noviembre. Concediendo dos meses de prorroga á la licencia que disfruta en Andalucía el vicedirector del cuerpo de Sanidad de la armada don Nicolás Marassi y Conde.

5 id. Id. dos meses de licencia para Chiclaana

al segundo ayudante del cuerpo de sanidad militar de la armada D. Pedro Fuertes y Dominguez.

7 id. Aprobando el nombramiento hecho por el capitán general del departamento de Cadiz para el servicio de guardias en el hospital de San Carlos en favor del licenciado en medicina y cirugía D. Lorenzo Merino.

8 id. Disponiendo regreso á la Península á continuar sus servicios el primer ayudante del cuerpo de Sanidad de la Armada D. José Páramo y del Corro.

SECCION CIENTÍFICA.

TERAPÉUTICA.

Destruccion de los pólipos de la nariz por el bicromato de potasa.

El bicromato de potasa es un cáustico de mediana accion, pero que obra sobre los tegidos atrofiándolos: así que, si se toca con él una verruga, esta se arruga, se marchita y cesa de vivir. Hay, pues, desecacion de la masa, y por esto se ha empleado en la clínica de Nelaton para destruir un tumor sanguíneo del cuero cabelludo, así como tambien contra los tumores hemorroidales, las pústulas mucosas, los condilomas, las vejetaciones, etc.

Con este motivo Mr. Fredericq, segun los *Anales de la Sociedad de medicina de Gand*, habiendo comprobado los buenos efectos del bicromato de potasa en el tratamiento de las vejetaciones sifilíticas, ha tenido la ocurrencia de aplicar la disolucion acuosa saturada de esta sal, en el tratamiento de los pólipos mucosos de la nariz.

Segun un informe favorable presentado por Mr. Dumoulin acerca de estos esperimentos, Mr. Fredericq ha tratado con éxito una veintena de casos de pólipos de la nariz.

Por medio de un pincel pequeño aplica una capa de la disolucion indicada sobre la parte accesible del pólipo, evitando todo lo posible humedecer las partes inmediatas, y repite esta operacion una vez todos los dias. Por lo general ni provoca picazon ni dolor; pero al cabo de un tiempo más ó ménos largo (lo más comun de tres á cuatro dias) el pólipo se inflama y esta inflamacion se comunica á la nariz algunas veces: esta se hincha y dá salida á un líquido acuoso y algo acre por sus aberturas naturales. Esta inflamacion no debe inspirar ningun cuidado, pocas veces dura 48 horas y durante este tiempo se verifica el trabajo de reabsorcion: una vez terminada esta, el pólipo ha desaparecido en parte ó en su totalidad.

Mr. Fredericq ha visto algunas veces una escara seca y morena formada sobre el tumor,

pero sin que obstase esto al buen resultado del tratamiento.

Cuando se manifiestan en el tumor los primeros signos de la inflamacion, por ejemplo, el dolor, Mr. Fredericq suspende inmediatamente la aplicacion del bicromato hasta que la inflamacion ha terminado, si es que se hace preciso volver á usarle de nuevo.

No es infrecuente ver los pólipos de la nariz curados á los cinco ó seis dias de una sola aplicacion del cáustico, lo cual suele suceder tambien á las vejetaciones sifilíticas curadas por este método.

Los casos de pólipos sometidos hasta ahora á este tratamiento varian entre sí por el número, volumen y forma: la mayor parte eran en mujeres que habian dejado de tener la menstruacion: todos eran mucosos, á excepcion de uno solo que era fibroso y que no se curó radicalmente.

Mr. Fredericq ha observado tambien la pronta reabsorcion de las vejetaciones sifilíticas y de las placas mucosas, así como la desaparicion mucho más lenta de las verrugas con este medio.

En estos casos la inflamacion fué casi constante y se produjo con frecuencia una mortificacion de los tegidos, lo que prueba que obró cauterizando.

Ahora bien, despues de los hechos observados, la accion del bicromato, podemos decir que consiste en ejercer sobre los tumores un poderoso trabajo de reabsorcion, ó como dice Mr. Fredericq «disminuir la fuerza de composicion de los tegidos vivos y aumentar su fuerza de descomposicion; hé aquí á lo que parece reducir su accion»

Hecho que confirma la accion eficaz é inofensiva del *fucus vesiculosus* contra la obesidad.

Mr. Duchesne Duparc ha publicado hace poco tiempo un interesante opúsculo acerca del uso del *fucus vesiculosus* contra la obesidad.

La eficacia é inocencia de este agente terapéutico se hallan bien demostradas por el autor; mas, por si hay quien crea exajeradas en demasia las propiedades de esta preciosa alga, copiaremos la carta siguiente remitida por el Dr. Godefroy á la *Revista de terapéutica médico-quirúrgica*.

«El artículo del Dr. Duchesne Duparc, inserto en el último número, sobre el empleo del *fucus vesiculosus* como muy á propósito para combatir la obesidad, me ha sugerido la idea de emplearlo en mí propio. He hecho recojer el dicho *fucus* en Saint-Malo, donde abunda, y me he hecho confeccionar el extracto alcohólico, el cual es muy higrométrico. Por esta razon, si se quiere administrar en el





doras, conviene preparar tan solo un corto número de cada vez, hacerlas platear y conservarlas entre polvos absorbentes.

»Tengo 57 años, 1 metro y 74 centímetros de largo, mis huesos son pequeños y mi obesidad ocupa principalmente el vientre.

»El 6 de marzo, antes de empezar el tratamiento, pesé 76 kilogramos y 300 gramos. Desde el 6 de marzo, y con la mayor exactitud posible, he tomado todos los días tres píldoras de las que cada una contenía 30 centigramos de extracto hidroalcohólico del *fucus vesiculosus*. La primera la tomaba á las seis de la mañana, la segunda á las diez y la tercera á las cinco de la tarde, con la primer cucharada de la sopa y sin alterar en nada mi método de vida.

»Bajo la influencia de este medicamento, la orina se hizo más abundante, más coloreada y más olorosa que de ordinario. El 10 de abril llevaba tomadas 90 píldoras, y habiéndome pesado, observé que pesaba 1 kilogramo y 500 gramos menos.

»Desde el 10 al 20 de abril seguí tomando dos píldoras por día: desde este al 18 de mayo volví á tomar tres, en cuya época, llevando tomadas otras 90 píldoras, volví á pesarme, teniendo cuidado de hacerlo á la misma hora y con los mismos vestidos y me hallé que pesaba otro kilogramo menos, quedánme solo 74 kilogramos.

»Hé perdido, pues, desde el 6 de marzo al 18 de mayo, 2 kilogramos 500 gramos, sin haber alterado en nada ni mi régimen ni mis costumbres y sin haber experimentado ningún mal resultado por el uso de este medicamento.»

#### PATOLOGIA INTERNA.

De la afonía incompleta repentina ó crónica: tratamiento por Caffé.

Leemos en la *Presse médicale belge* lo siguiente:

Después de una angina laríngea, cualquiera que sea su intensidad ó su duración, cuando se ha obtenido su curación suele suceder que la voz se halla modificada por cierto enronquecimiento, que persiste sin otro ningún síntoma, ya anatómico, ya fisiológico. Cualesquiera que sean los medios que se empleen no se consigue disipar este único síntoma. Dicho enronquecimiento es debido, ya á una sub-flegmasia crónica de las cuerdas vocales ó de los músculos de la laringe, ya, lo cual es muy frecuente, á una relajación de estos mismos tegidos.

Los cantantes, los hombres obligados á hablar en público, elevando mucho el timbre ordinario de su voz al aire libre ó en un lu-

gar cuya temperatura es muy alta, se encuentran en las condiciones ocasionales de enronquecimiento repentino. Prodúcese entonces una congestión brusca de la laringe y de la garganta, una perturbación de la innervación de estas mismas partes, y en fin, una fatiga de los músculos tensores de las cuerdas vocales.

Las Memorias de aquella época refieren que al volver Napoleón de la isla de Elba, y á su paso por Lyon, fué acometido de un enronquecimiento repentino algunas horas antes del momento en que debía contestar á las arengas de la municipalidad de aquella ciudad. Su médico, el difunto doctor Fourreau de Beauregard, le prescribió la poción siguiente, que adquirió el nombre de poción imperial, y que dió un resultado maravilloso:

Amoniaco líquido. . . . . 10 gotas.  
Jarabe de erisimo. . . . . 45 gramos (onza y media).  
Infusión de flores de tilo. . . . . 90 — (3 id.)

Para tomar en una sola vez.

El doctor Bennati (de Mantua), médico del teatro italiano de París, el cual poseía una de las más hermosas voces que se han conocido, y á quien mató delante del café Tortoni un caballo escapado, Bennati, cuya autopsia tuvo Caffé el triste encargo de practicar, se había ocupado por espacio de mucho tiempo de las enfermedades de la laringe, acerca de las cuales publicó un tratado.

Este profesor solía prescribir á menudo el gargarismo siguiente:

Agua. . . . . 250 gramos (8 onzas).  
A l u m b r e (sulfato de alumina y potasa). . . . . 6 — (drac. y media).  
Jarabe de diacodion. . . . . 60 — (2 onzas.)

Para usar cada media hora.

No podemos menos de referir en esta ocasión que el profesor Magendie rogó á Caffé le confiase la laringe de Bennati, acerca de la cual improvisó una lección muy notable en el eclegio de Francia. La señorita G... envió á pedir un diente, con el cual adornó una de sus más preciosas sortijas.

Al cráneo de Bennati le faltaba el diploe, y la hoja esterna se confundía con la hoja vítrea. Su cráneo, en una palabra, estaba como compuesto de dos hojas huesosas afectando una forma papirácea, disposición anatómica común con todos los pájaros cantores; y quizá esta estructura de tabla armónica contribuyó más que cualquier otra causa á las fracturas múltiples del cráneo que determinaron la muerte de Bennati.

Hay circunstancias urgentes en las que un artista, un hombre público, acometidos de una ronquera repentina, no pueden, sin embargo, menos de cumplir sus respectivos compromisos. En tales ocasiones se puede conseguir yugular la indisposición aplicando un sinapismo alrededor del cuello y otro en la base del pecho.

Cuando se trata de una afonía crónica, el tratamiento más eficaz, aconsejado por Graves en sus lecciones de Clínica médica, consiste en un gargarismo, del cual se hace uso cinco ó seis veces al día, y compuesto de:

Tintura de pimienta de Guinea. . . . . 3 gramos (54 granos.)  
Cocimiento de quina. . . . . 145 — (unas cinco onzas.)

Al mismo tiempo se practican en la parte anterior del cuello fricciones con el linimento siguiente:

Aceite alcanforado. . . . . 24 gramos (6 drac.)  
Aceite de crotontiglio. . . . . 8 — (2 id.)  
Mézclese.

El enfermo emplea 6 gramos (dracma y media) de linimento mañana y noche, hasta que produzca una erupción confluyente, suspendiendo el uso del mismo hasta que haya terminado la descamación: sin embargo, podría reemplazarse eficazmente este linimento con una untura en la misma región con la tintura de iodo.

Se aconseja el uso muy racional, en bebida y en inhalaciones, de las aguas sulfurosas naturales.

El difunto doctor Ducros, de Marsella, tocaba el istmo de la garganta con un pincel de pelo de tejon cargado de amoniaco líquido: pero este medio enérgico debe quedar reservado y emplearse con gran prudencia para los casos de angina de pecho. Conocido es el éxito que en la princesa Adelaida obtuvo aquel médico de la corte de Luis Felipe.

Por lo demás, aquellos brillantes resultados han desaparecido con la muerte de su autor.

#### SIFILIOGRAFIA.

Consideraciones sobre la sífilis terciaria, transmitida por herencia, con motivo de un caso de ostéitis palatina de naturaleza dudosa, por monsieur Ricord.

#### (Conclusion.)

Esto es efecto de que el niño se halla en idéntica situación que los padres de que procede: así que, si en estos, gracias al tratamiento, la enfermedad se detiene al llegar á



los síntomas secundarios, puede permanecer en este estado diez, quince, veinte años sin que se presenten los síntomas terciarios. Igual inmunidad gozará el niño como vástago que es del tronco principal, que vive de la misma savia y sufre las mismas influencias. El tratamiento que ha estinguído en los padres los accidentes secundarios, le pone al abrigo de estos mismos accidentes, aunque no le libra del peligro de sufrir en un tiempo más ó menos lejano las manifestaciones de los síntomas terciarios. De este modo es como puede uno darse cuenta de la aparición de ciertos tumores de las partes blandas, que dan lugar á tantos errores de diagnóstico, porque no existiendo nada que demuestre el encadenamiento de los accidentes, cuesta trabajo creer que puedan ser accidentes sifilíticos; y sin embargo de no estar confirmada esta opinión por la observación clínica, se halla del todo apoyada por terapéutica.

Por lo demás, cualquiera que sea la explicación que se dé á estos hechos, lo cierto es que se hallan con suma frecuencia. Yo (Ricord) os puedo citar muchos y entre ellos un joven de 17 años que tenía una lesión muy semejante á la de la enfermita de Mr. Bouchut. Este sujeto no había presentado ni accidentes primitivos ni secundarios, pero la madre, antes de casarse, había tenido una sífilis grave, cuyos vestigios conservaba. Bajo la influencia del tratamiento la enfermedad se había contenido, y enfrenada así en la madre, había proporcionado á su hijo una sífilis terciaria. Estos hechos, señores, son comunes y sumamente difíciles de determinar en la práctica; así que nada se opone, en mi sentir á que sea admitido este como un caso de afección sifilítica terciaria por herencia.

Pero se me dirá: ¿no puede ser escrofulosa? Este era el diagnóstico de Mr. Bouchut y efectivamente, remontándose á las causas de las enfermedades; vemos que la sífilis está próxima á la escrofula: Sugol opinaba que esta última afección podía nacer de la sífilis en cualquiera de sus formas; nosotros creemos que ambas á dos pueden reunirse y formar lo que en tono de broma llamaríamos un *escrofulato* de sífilis. Por si efectivamente esta reunión es cierta, conviene averiguar cuál es el elemento predominante de ella.

Pues bien, para nosotros no lo es el elemento escrofuloso, puesto que; aparte de algunos infartos insignificantes de los ganglios de la región cervical y que pueden depender de una irritación dentaria, esta niña nada tiene que haga creer en la existencia de un vicio escrofuloso.

De todos modos, aun cuando ó una ú otra enfermedad existieran solas, no debemos hallar un gran peligro en confundir la una con la otra, puesto que ambas á dos tienen

un tratamiento semejante. La precisión del diagnóstico en este caso solo tiene interés bajo el punto de vista pronóstico. De las dos afecciones, la más rebelde no es la sífilis, y los numerosos experimentos hechos hasta el día con el yoduro potásico demuestran que donde ambos elementos se hallan reunidos, es más fácil la curación cuanto más predomina el sifilítico sobre el escrofuloso.

En el caso particular que nos ocupa manifiesta Ricord debe seguirse la medicación siguiente:

**Tratamiento local** En atención á que los incisivos se mueven, á que existe esteitis supuratoria, caries y necrosis del maxilar, está indicada la extracción de los dientes y cuando se pueda la del secuestro móvil y en vía de eliminación. Después de hecho esto, y aun mientras se espera la caída del hueso necrosado, convendrá bañar las partes enfermas con la tinctura de yodo debilitada y prescribir el gargarismo siguiente:

R. Tinctura de yodo, de 1 á 2 gramos.

Yoduro de potasio, 25 centigramos.

Agua destilada, 200 gramos.

Mezclese.

**Tratamiento general** Aceite de hígado de bacalao, amargos, jarabe de yoduro de hierro, buena alimentación y aires sanos, etc: así que las aguas de Forges (Seine-et-Oise), la permanencia en Salins y la vida campestre, pueden producir saludables resultados. A estos medios que constituyen el tratamiento de las escrofulas debe añadirse el antisifilítico que conviene en el período terciario, esto es, el yoduro potásico. Ricord le hace tomar por mañana y tarde con el aceite de hígado de bacalao y en el intermedio administra el yoduro de hierro. El yoduro potásico debe darse con observación, empezando por 50 centigramos y subiendo gradualmente, interin no haya contraindicación á 1, 2, 3, 4, 5, y aun 6 gramos por día.

## VARIEDADES.

Academia médico-quirúrgica matritense.

PRESIDENCIA DEL SR. GALDO.

*Extracto de las sesiones celebradas en los días 5 de mayo y 7 de junio último, continuando la discusión sobre la existencia ó no existencia del contagio.*

El Sr. Motejo fué el primero que ocupó la tribuna para hacer ligeras rectificaciones, insistiendo en la necesidad de admitir las geografías patológicas, no solo en las poblaciones situadas al nivel del mar, sino en todas las demás cuyas circunstancias y cualidades distan mucho de tener aquella condición.

Además tomaron parte en la discusión en sentido contagionista los Sres. Quet y Cortejarena; en cuyos discursos se propusieron sostener sus creencias, y doctrinas admitidas como buenas por los autores y sancionadas en la práctica como ventajosas y necesarias.

El resto de la sesión le ocuparon estos dos señores en refutar algunos de los argumentos sentados en las anteriores por los anticontagionistas Sres. Yañez, Ametller y Torres Villanueva.

*Sesión del día 7 de junio bajo la presidencia del Sr. Galdo.*

El Sr. Torres Villanueva, como anticontagionista, ocupó en esta noche á la Academia con una larga rectificación referente á cuantas inexactitudes habían cometido en sus discursos todos los contagionistas que al pronunciarlos se habían ocupado de lo espuesto por S. S. la primera vez que hizo uso de la palabra en esta cuestión, de la manera siguiente:

El Sr. Torres empezó su rectificación recordando esta máxima de Santo Tomás. «más vale pronunciar un discurso verdadero que no elocuente;» advirtiendo que daba esta introducción á las palabras que se proponía pronunciar, para que, al comparar la Academia lo humilde y castizo de su lenguaje con el florido y galano de alguno de los dignos académicos que defienden los contagios, á quienes se proponía rectificar, tuviera presente dicha máxima. Y hecha esta advertencia continuó diciendo:

Mucho he dudado hasta decidirme á volver á hacer uso de la palabra en el punto de doctrina que se debate; porque no habiendo aducido nuevos argumentos ninguno de los dignos médicos que defienden los contagios, en pro de este modo de propagación de algunas enfermedades de que la Academia se viene ocupando días hace, después de mi primer discurso, parecía hasta poco leal presentarme yo aquí á emitir más datos de los ya espuestos por todos los que combatimos tal modo de propagación de dichas enfermedades.

Muy poco, pues, tendré que ocuparme de la parte científica relativa al punto de doctrina que se discute; pero en cambio, y ya que sobre esto no haya para qué gastar más tiempo, creo un deber oponer un antídoto, un correctivo, haciendo una amplia rectificación, al modo como se ha permitido presentarse en esta tribuna á rebatir los argumentos anticontagionistas alguno de los que opinan por la propagación de las enfermedades por contagio.

Siento, en verdad, ser yo el obligado á tratar de corregir el modo poco conforme á



las reglas que observarse deben en las discusiones científicas con que el Sr. Lopez Nieto, que es el académico á quien me refiero, se presentó y se espresó ante tan respetable público á combatir las doctrinas anticontagionistas, sin á pesar de ello haberse ocupado de contagios.

El Sr. Nieto, despues de un preámbulo de tres cuartos de hora, para una peroracion ó discurso que solo podia durar dos horas, despues de este preámbulo mónstruo, que su señoria terminó y volvió á empezar varias veces, revelándonos ya con esto que lo que á tan dilatado preámbulo habia de seguirse no seria cosa de gran importancia, puesto que tanto rehusaba el autor entrar en materia: cuando ya, por fin, el Sr. Nieto logró desahucarse de su encariñado intróito, empezó por pintarnos las excelencias del respeto al principio de autoridad en las ciencias, concluyendo con esta exclamacion: ¡Qué seria de las ciencias sin el reconocimiento de este principio! ¡A dónde nos conduciría su desprecio!

Yo, que soy el átomo más microscópico entre todos los hombres que no reconocen en las ciencias el principio de autoridad, voy á permitirle decir al Sr. Nieto, no ya lo que seria de las ciencias sin el reconocimiento de aquel principio, sino lo que es y viene siendo mucho tiempo hace, puesto que, ni el mismo Sr. Nieto, ni tampoco el Sr. Ruiz Jimenez, ni ninguno de los ilustrados miembros de esta corporacion que aquí han sostenido la conveniencia del reconocimiento del susodicho principio, creen ni pueden creer en semejanza absurdo, segun me propongo probar.

¿Quiere saber el Sr. Nieto lo que seria de las ciencias sin el reconocimiento del principio de autoridad? Pues hélo aquí: Lo que es del comercio en todos los pueblos libres y civilizados despues de rotas las trabas del estanco de los géneros. El desarrollo y perfeccionamiento de las industrias, la baratura en los géneros, el enriquecimiento de los que se ocupan en su fabricacion, y venta, y el que, los que los compran, lo hagan por la cuarta ó quinta parte que lo hacian cuando solo á una empresa ó á una persona era permitido el monopolio de su elaboracion y venta. Porque el reconocimiento del principio de autoridad es á la inteligencia, en toda la estension de la frase, lo que es el estanco de los géneros al comercio y al consumidor; la ruina, el aniquilamiento de estos; como el reconocimiento de aquel principio es la abdicacion de la razon y la atrofia completa de la inteligencia; pues desde el momento en que el hombre se conforma con que otro piense y discurra por él, abdica su razon, hace inútil su inteligencia y se compara al bruto.

Pero, afortunadamente, ni aun los hombres

que más blasonan de sumisos y respetuosos al principio de autoridad, reconocen, para nada, como antes indiqué, tal principio (que más bien podria llamarse fin, sepultura del signo que distingue al hombre de todos los demás seres de la creacion).

No tengo el honor de conocer al Sr. Nieto; pero en cambio conozco un poco al Sr. Ruiz Jimenez, y estoy seguro, segurísimo, de que á pesar del alarde que este académico hiciera un día en este local de sumision y respetos al principio en cuestion, duda S. S., por el contrario, hasta de sus mismas concepciones, y de que, cuando tenga una idea, un pensamiento que le seduzca y le halague mucho, por lo que de bello y de encantador pueda tener, antes de concederle su sancion, el completo *exequatur*, y de colocarle en la casilla de las verdades ó principios reconocidos como tales verdades, lo examinará á todas luces, lo disechará y hasta lo fundirá, acertándolo de un lado, adicionándolo de otro, perfeccionándolo, en fin, y concluyendo muchas veces, cuando esto no le parezca posible, por desecharlo del todo relegándolo al más perpétuo olvido, despues de haberlo acariciado mucho tiempo.

Y hombres de este temple, hombres de tan recto juicio, de tan serena y clara razon, hombres que tan justamente desconfian hasta de sus propias elucubraciones, ¿habian de creer que otro hombre tenia vinculada en sí la inteligencia, el don de no errar, la infalibilidad, en fin? Mentira. No puede ser. Se engañan á sí mismos todos los que tal creen. Pero este engaño, este trascendental error tiene su origen allí mismo donde parten otros infinitos errores que tantas lágrimas vienen costando á la humanidad. Aquí, empero, hay una puerta impenetrable....

Se deduce de lo dicho, que los partidarios del libre exámen, los que no reconocemos el principio de autoridad científica, negamos que haya habido hombres sábios, y que creamos que solo nosotros somos los seres privilegiados en quienes se halla depositada la sabiduria, segun han dicho aquí nuestros adversarios? No, en verdad. Nosotros obedientes, sumisos y fieles observadores de los principios de la lógica, faltaríamos á nuestra consecuencia si, negando la posibilidad de que haya habido un hombre á quien haya sido dado saberlo todo, tuvieramos la quijotesca presuncion de suponer estábamos excluidos de aquella ley.

Al contrario; creemos firmemente que ahora, antes y siempre, ha habido hombres que, por su gran saber y por lo mucho que se han desvelado en honor del engrandecimiento, del esplendor, de la posible perfeccion, en fin, de las ciencias, son muy dignos de la consideracion de las futuras generaciones; pero creemos al mismo tiempo, y aquí está nuestro

gran pecado, que á ninguno de estos sábios, ni tampoco á los que les sucedan, ha sido dado saberlo todo; que dichos sábios han podido equivocarse y que, con suma frecuencia se han equivocado; y el conocimiento de esta verdad es la línea que nos separa de los que dicen que dichos sábios han sido infalibles.

Basta lo espuesto para hacer ver á la Academia lo infundado de la lamentacion del señor Nieto, y de que, cabalmente, para que las ciencias lo sean tales, es de rigor romper, destruir la valla del principio de autoridad y con él el estanco de la inteligencia.

Pero, ¡oh admirable lógica de los sumisos al principio de autoridad! A renglon seguido, y sin duda para darnos á entender el señor Nieto el remordimiento que le causaba el no espresar con sus palabras lo que está en su conciencia, como lo que está en la conciencia de los que dicen que acatan y reverencian aquel sublime principio de pensar y de discurrir en comision, nos sorprendió con esta otra exclamacion: ¡han pasado los tiempos en que se torturaba á la inteligencia, en que se prohibia pensar!...

Señores: esta exclamacion en boca de un suscrito al principio de autoridad, ó es un sarcasmo, ó es una distraccion, ó bien una abjuracion del reconocimiento de aquel rancio principio. Por mi parte, no habria necesitado más argumento que esta exclamacion del señor Nieto para combatir tal principio y para poner bien en evidencia lo que antes dije: Que los que creen ó suponen creer que lo respetan y acatan, se equivocan, no saben lo que se dicen. Tan cierto es que el abdicar el signo distintivo del hombre, el unico ó el más esencial que nos hace superiores á los demás animales, es un acto del todo imposible, por más que sea muy fácil, y aun frecuente, oirlo en esta tribuna ó estamparlo en un periódico, que acaso tenga verdaderas pretensiones de erigirse en autoridad. Dice bien el Sr. Nieto: mal que pese á los esclavos del principio de autoridad, han pasado los tiempos en que se torturaba la inteligencia; se ha pronunciado el *requiescat in pace* al *magister dixit*.

Despues de discurrir el Sr. Nieto con la lógica que brilla en cuanto dijo respecto á su sumisa obediencia al principio de autoridad, pasó á ocuparse de analizar los principios filosóficos de los que aquí combatimos los contagios; y por más que yo me he calentado la cabeza en busca de la relacion ó del enlace del punto de doctrina que se discute con la filosofía mala ó buena de los anticontagionistas, no he podido hallar ningun punto de contacto entre estas dos cosas que pueden vivir con entera independencia; pero el Sr. Nieto dió, sin embargo, suma importancia y estension á esta parte de su discurso, y en ello debió proponerse algun fin. Cual fuera este, es



también hasta ahora un incomprendible misterio para mí, puesto que, aun cuando así yo como los demás filósofos sometidos á la severa crítica del Sr. Nieto, creímos íbamos á ver nuestras doctrinas filosóficas en parangón con las del ilustrado crítico, nos llevamos un solemne chasco, porque no tuvimos el gusto de ver ni uno ni otro; pues el Sr. Nieto se contentó con decir: Que el Sr. Ametller es un filósofo racionalista vergonzante y otras cosas que yo no creo conveniente referir. Concedió el imparcial crítico al Sr. Yañez dotes y cualidades de talento, instruccion etc., que toda la Academia sabe poseer; pero, pareciendo al Sr. Nieto que con tales galas, aunque de su legítima propiedad, estaba el Sr. Yañez demasiado brillante, deslumbrador, debió ver en ello un exceso de lujo para un anticontagionista y dijo, como queriendo rebajar. «Pero el Sr. Yañez es racionalista,» haciéndose sin duda la ilusión con este, para S. S., apóstrofe, que la gala con que había revestido al señor Yañez quedaba convertida en un arlequin; siendo así que no hacia más que ceñir al Sr. Yañez, con el dictado racionalista, la corona de laurel que formaba el complemento de la investidura real de las ciencias filosóficas con que se hallaba adornado.

Salpicado ya de lo que el Sr. Nieto creyó sin duda eran feos lunares el regio manto que tan natural y elegante viste el Sr. Yañez en las ciencias médico-filosóficas, tocó el turno de la severa y tremebunda crítica filosófica del señor Nieto el más humilde de todos los médicos y filósofos habidos y por haber, á mi atomística figura; y aquí el Sr. Nieto, como quien corta leña en árbol caído, ó como quien alancea á toro muerto, llegó en su sublime análisis hasta el entusiasmo. «El señor Torres, empezó por decir el Sr. Nieto, tiene una (y siento no sean siquiera dos) inteligencia de arquitecto; traza, dibuja, forma el plan de las obras y las deja para que otros las construyan.» El Sr. Torres es el prototipo del racionalismo, y es empírico.» *tate tate...*

Tal fué la crítica, si es que así puede llamarse, que el Sr. Nieto hizo de los principios filosóficos de los anticontagionistas; y esta es la hora también que aun esperamos saber el olor, color ó sabor filosófico de S. S.

Los Sres. Ametller y Yañez han contestado ya lo que han creído conveniente á tan extraño modo de discutir del Sr. Nieto sobre contagios; y si aquellos dignos académicos, por consideraciones á la ausencia de este, se han abstenido de hacer observar al Sr. Nieto lo arbitrario y estemporáneo que estuvo en su inconveniente discurso, yo no puedo suscribir á tanta generosidad, á tanta galantería; porque, por cima de las consideraciones debidas al Sr. Nieto y á cualquiera otro que ocupe esta tribuna, estan las consideraciones y res-

petos debidos á la Academia, y estos son los que yo me propongo defender en mi rectificación al Sr. Nieto. Porque es de saber, señores, que si se deja pasar sin el debido correctivo lo que aquí se permitan decir los médicos que, al ir á emprender un viaje, vengan á tomar parte en nuestros debates, más acaso por desahogar un poco la bilis, el mal humor que tal vez les ocasione la necesidad de dejar la corfe, que por gusto é interés en la dilucidación de las doctrinas que aquí se ponen á discusión, acontecerá todos los días lo que ya ha sucedido alguna vez. Sube á esta tribuna un médico con las espuelas puestas, dice cuanto le ocurre, tenga ó no relacion con el punto de doctrina puesto sobre el tapete; se permite inventar cuantas teorías y razonamientos le sugiere su imaginación, y colgárselos como de su propiedad á cualquiera de los que han tomado parte en el debate, llegando hasta tratar de ignorante á la Academia, como sucedió el año anterior con un médico que se presentó aquí ya con el pie en el estribo, á tomar parte en la cuestion de vitalismo, y se vá al día siguiente llevando consigo la satisfaccion de decir: Escudado con mi ausencia, y confiando en vuestra generosidad, os he dicho cuanto me ha ocurrido. Por esta vez, sin embargo, las gratuitas suposiciones del Sr. Nieto, su facilidad para forjar argumentos encaminados á tergiversar cuanto yo he dicho, no han de quedar impunes, siquiera para que el Sr. Nieto tenga presente en otra ocasion que al ocupar esta tribuna, aun cuando al hacerlo esté en visperas de viajar, queda responsable de cuanto se permita decir. Entremos en materia.

Jamás me ha ocurrido la idea de que pueda yo dejar de ser más que uno de tantos peones dedicados á la creacion y perfeccionamiento del gran templo de las ciencias médico-filosóficas; nunca he llegado tampoco á pensar en aspirar ni aun al nombre de oficial, aparejador, etc., entre los dedicados á tan digna obra; pero, puesto que el Sr. Nieto, en medio de mi microscópica importancia y á pesar de que S. S. la reconoce, me honra nada menos que con empleo de director de la obra, ó sea con el de arquitecto, y dice que trazo, delineo, dibujo las obras para que otros erijan ó edifiquen; puesto que el Sr. Nieto tan inesperada é inmerecidamente me eleva al capitolio, debo dar gracias á S. S. por tan singular favor y, lapiz y plano en mano, ponerme al frente de la obra con el fin de no consentir que ni un solo ripio, ni una pella de yeso se coloque fuera de su lugar. Gracias, repito, al Sr. Nieto, por haberse dignado, como quien dice, á secas y sin llover, sacarme de mi humilde condicion de peon y erigirme en director supremo de la obra. Por este momento acepto mi elevacion.

Poco me importa que no haya sido la intencion del Sr. Nieto al elevarme tanto, más que la de presentarme á la Academia como un empírico, como un rutinario; porque aquí se juzga no sobre intenciones, sino sobre lo que espresan las palabras por su sentido genuino y natural; y si yo, segun dice el señor Nieto, sé trazar, dibujar perfectamente una obra, debo sin la menor duda saberla dirigir, llevarla á la perfeccion y término. ¡Ojalá fuera verdad tanta grandeza!

Era, en efecto, la intencion del Sr. Nieto la de presentarme ante la Academia como un verdadero empírico, y así lo espresó, aunque sin advertir la flagrante contradiccion que esta idea envuelve, con la de ser yo el prototipo del racionalismo, segun opinion de eminente crítico.

Si el Sr. Nieto no lo lleva á mal, y aun cuando lo lleve, me permitiré explicar á su señoría el significado de racional, racionalismo y racionalista.

Racional es el signo distintivo entre el hombre y los demás seres de la creacion. Cuanto de aquí se derive, ha de ser racional también, y racionalismo y racionalista, segun la aplicacion que se haga de la palabra. Todo lo que es racional, racionalismo y racionalista, implica, pues, hombre; es decir, ser que piensa, que discurre, que compara que analiza, deduce, etc. Y si un hombre que es el *vervigracia* de todas estas cosas, como asegura el señor Nieto soy yo, es empírico, es decir, rutinario, curandero, servil y grosero imitador y cuanto á esto se asemeja, ¿á dónde ha ido el señor Nieto á buscar su vasta instruccion, su ciencia infusa, su gran sabiduría, en fin? ¿Porqué, sin la menor duda, la fuente donde su señoría ha bebido tan puras y cristalinas aguas, el raudal de sabiduría donde satisfizo su gran capacidad, debe hallarse en sitio tan recóndito, tan ignorando, que, acaso, solo su señoría lo sepa. Y es lástima; pues doctrinas tan admirables, y sobre todo tan desconocidas, á no querer pasar por un tipo de egoismo, debe el Sr. Nieto hacer por poner al alcance de todo el que en algo aprecie el saber. Prototipo del racionalismo, segun el Sr. Nieto, sinónimo de empírico... ya!!

Y continuando el Sr. Nieto su florido y ameno discurso, dijo: Lo que voy á referir de la fiebre amarilla es de mi propia cuenta; porque yo he observado esta enfermedad allí donde es endémica, y he tratado varios enfermos atormentados por ella, y he hecho mas, he practicado una autopsia judicial asociado de un comprofesor.

Al espresarse así el Sr. Nieto no era posible dejar de creer iba á sacarnos de una porcion de dudas en que necesariamente estamos los que no conocemos el tífus icterodes más que por tradicion, por los libros: nues-



ras esperanzas, empero, quedaron tan defraudadas en esto como en todo lo demás que el buen decir del Sr. Nieto nos hizo esperar con ansia. Todo lo que éste digno médico y atento observador de la fiebre amarilla nos dijo de esta enfermedad, estuvo reducido:

A que es endémica en varias costas de América, en el golfo de Méjico etc. A que es producto de miasmas deleterios que se elevan en la atmósfera en aquellas localidades. A que en una epidemia que S. S. observó en los pueblos A. B., produjo mas estragos en aquel que en este: á que es un tífus sin virus; á que se parece á los virus y es contagioso (pues ya!); á que ataca con preferencia al sexo masculino: á que es efecto de causas cósmicas y telúricas: á que yo admito el miasma páltidico en la fiebre amarilla: á que tiene su asiento en los centros nerviosos: á que en la autopsia que su señoría practicó abrió el vientre de la víctima de la fiebre y ni en el estómago ni en los intestinos encontró manchas cárdenas, equimóticas, y si solo un material negruzco cuya naturaleza no pudo descubrir, aunque supuso estaba formado de varios humores y de bilis retropulsa, y añadió: ¿Es que el Sr. Torres supone que las intermitentes tienen su asiento en el bazo ó en el hígado, y que los infartos que con tanta frecuencia se observan en estos órganos durante el curso de aquellas son la causa que las desarrolla? Yo podría decir al Sr. Torres en qué aparato fijan su residencia las intermitentes. Tampoco necesito decir cómo se desarrollan allí donde hay descomposición de cuerpos vegetales y animales... pero la fiebre amarilla no se desarrolla de este modo.

«Que las intermitentes no perdonan á nadie (es decir, supongo yo no respetan edad, sexo etc.) y la fiebre amarilla la padecen menos, según viene dicho, las mujeres que los hombres (picarillas, cómo se saben cuidar!); últimamente, si la fiebre amarilla es de naturaleza palúdica, según dijo el Sr. Torres, deben curarse con la quinina, y sin embargo, no sucede así; pues yo he tratado la fiebre con varios métodos, incluso con la quinina y casi se resiste á todos; no he hallado ninguno preferible á otro» (lo creo aunque es muy raro el suceso).

Este es el fiel resumen de cuanto el señor Nieto se permitió decir sobre la naturaleza y condiciones de la fiebre amarilla, para probar su naturaleza contagiosa y lo errado que yo anduve al combatir tal modo de propagación de esta enfermedad. Levisimos esfuerzos habré de necesitar para deshacer tan gratuitos, tan aéreos y estemporáneos argumentos.

Muchos años hace sabemos, hasta los que no hemos visitado las costas del Nuevo-Mundo, que la fiebre amarilla es en algunas de ellas endémica. La noticia del Sr. Nieto anuncia-

donos tal novedad, carece, pues, de id. Que las epidemias de fiebre amarilla causen más estragos en un punto que en otro en ciertas circunstancias, tampoco nos maravilla á los que no hemos surcado los mares hasta la residencia de tal habitante. Lo único que sobre esto convenía era que el Sr. Nieto que se ha visto *facie á facie* con la fiebre, y que ha estado en posición de observar sus trayectorias, nos hubiera hecho saber en que consiste esa predilección de ensañarse en una localidad más que en otra; qué causas influyen en tan desigual proceder; porque estas observaciones solo á los que han estado por allá es dado haberlas hecho.

El Sr. Nieto, sin embargo, nos dejó en esto tan en la ignorancia como estábamos antes de tener el gusto de oír á S. S. Dios se lo pague.

Tampoco aprendimos gran cosa los anticontagionistas con que el Sr. Nieto nos dijera que la fiebre amarilla es un tífus sin virus; pues nosotros así la miramos, y esta es una de las causas de no creerla contagiosa; porque aun cuando se parezca á los virus, según añade el Sr. Nieto, esto me parece á mí que es pura y simplemente un puro parecer de S. S. que no está apoyado más que en la precisión de sacar la forzada consecuencia de que la fiebre es contagiosa; así, en una palabra, esta segunda opinión ó, por mejor decir, contra opinión del Sr. Nieto, una serie de palabras que contribuyen á la formación de un bello discurso atendiendo á las id., pero en las que no se encuentra una razón, una idea que pueda servir al esclarecimiento del punto de doctrina puesto á discusión.

Con preferencia, dice el Sr. Nieto que ataca la fiebre amarilla al sexo masculino. —Se necesita tener un conocimiento muy escaso, muy limitado de la sagacidad del bello sexo, para convertir esta, supuesta, propiedad de la fiebre amarilla, en argumento contagionista.

Mucho siento no poder combatir estas razones, ó sin razones del Sr. Nieto, con toda la gravedad que el asunto y el local donde estamos reclaman. Pero cuando se pronuncian discursos como el de este ilustrado académico, donde se emiten ideas tan sin meditación y que tan poco se relacionan con el punto de doctrina que se discute, es muy difícil conservar el tono serio, y hay hasta necesidad de tomar las distracciones de sus autores por una especie de broma.

¿No le ocurrió al Sr. Nieto pensar, para no incurrir en la grave falta de meditación en que incurre, que cuando las mujeres dispusieron dejar á cargo de los hombres la ida al Nuevo Mundo y el arreglo allí de todos sus negocios, necesariamente debió haber sido porque á su sagacidad y alta penetración no pudo ocultarse lo poco envidiable que era tal

mision, y que a este retraimiento, á esta ausencia de la mujer de aquellas remotas regiones, es debida únicamente la inmunidad de que goza para ser respetada de la fiebre, y que los estragos de esta sean infinitisimamente más notables en los hombres?

Sería cosa digna de admiración que yendo á América un uno por ciento, y aun acaso menos número, de mujeres que de hombres, murieran de la fiebre tantas de aquellas como de estos; el fenómeno sería grande, portentoso.

Repito que yo no he estado en América; pero como desde Madrid ó desde Canillejas pueden hacerse también ciertas observaciones sobre lo que allá pasa, puedo asegurar á la Academia, en fé de verdad, que en el trascurso de tres ó cuatro años me han consultado sobre llevar á la Habana sus familias algunos sujetos que llamaba allí su destino, y que habiendo algunos de ellos desoido mi dictámen, han debido arrepentirse á poco de llegar. Llorando la pérdida de los miembros más queridos de la familia; y que estas pérdidas han estado siempre en razón inversa de lo observado por el Sr. Nieto: las mujeres han muerto en estas familias en número mucho mayor que los hombres.

Esto no supone, de ningún modo, que yo rate de sustentar el principio opuesto á la observación del Sr. Nieto; quiere decir únicamente, que si allí mueren más hombres que mujeres, es porque aquellos van en número infinitisimamente mayor; es, en una palabra, por lo mismo que las intermitentes en la huerta de Valencia y rívera del Júcar las padecen de preferencia los que cultivan el cáñamo y el arroz, y escaso número de mujeres.

Si, pues, todas las observaciones del señor Nieto, en cuanto se relacionan con la fiebre amarilla son como la espuesta, y no valen más ninguna de las otras que adujo, escaso efecto han debido producir en la Academia.

No llega mi escasa penetración hasta comprender cómo, siendo miasmática la fiebre amarilla, según nos dijo el Sr. Nieto al empezar la descripción de la enfermedad, viene poco después á ser, según también aseguró S. S., efecto de causas cósmicas y telúricas. Secretos deben ser estos solo reservados á los afortunados médicos que han pisado las concurridas playas de nuestras Antillas. Los profanos, por así decir, no podemos hacer más que admirar tales rarezas, tan sorprendentes fenómenos en las productoras causas de los desarreglos orgánicos.

Y no es menos digna de contemplación la extrañeza que al Sr. Nieto causa, después de decir que la fiebre amarilla es miasmática, el que yo dijera, con referencia á los que la han observado más que el Sr. Nieto Che-



vin, Ruff, Londe, Thomas, Sesse, Mouñón, etc. etc., que es de naturaleza palúdica. Dije, con referencia á estos médicos, y hoy repito, puesto que partí del principio que no habiendo visto yo enfermos de fiebre amarilla, necesariamente mi opinion en todo cuanto de ella dijera habia de estar formada sobre el juicio de aquellos médicos cuyas observaciones me parecen más exactas y verídicas, que dicha enfermedad es de naturaleza palúdica; y como las razones aducidas por el señor Nieto contra las atentas observaciones de aquellos ilustres patólogos en nada rebajan la bien fundada opinion de estos, sigo en la misma creencia; sin que sea bastante á apartarme de ella lo que el Sr. Nieto debió creer sin duda ser su gran argumento: que si la fiebre amarilla fuera palúdica debería curarse con la quinina y que no sucede así (Vea el Sr. Nieto lo que hoy dicen los médicos que tratan la fiebre en Santo Domingo.)

Aquí el Sr. Nieto habrá de permitirme le observe que hablo con toda la impremeditación que puede hacerse al tratar de un asunto serio. En primer lugar los miasmas palúdicos no se limitan á producir siempre la misma serie de desarreglos orgánicos, la misma enfermedad, fiebres intermitentes de este ó de el otro tipo; pues antes por el contrario, en un ejército, por ejemplo, que ha vivaqueado en las inmediaciones de las lagunas Pontinas ú otro sitio análogo, se observa en los días sucesivos fiebres intermitentes en algunos individuos, remitentes, sub-continuas, etc., en otros, catarros vesicales, bronquiales, disenterías y diarreas de varias clases en varios otros, etc.; y sabido es que, á pesar de la indudable naturaleza palúdica de todos estos estados patológicos, nadie se atrevería á negarla porque no se curan con el sulfato de quinina, aunque alguna vez suceda así también; como acontece asimismo con la fiebre amarilla en muchos casos, según aseguran los médicos que antes cité, cuando el antitípico se usa desde al principio; siquiera en las atentas observaciones del Sr. Nieto no le haya sido posible comprobarlo; porque yo, entre dar crédito á las observaciones del señor Nieto, sobre las que tampoco favorablemente hablan sus mismas esplicaciones, y dársele á otros médicos de los que se han encontrado en posición de observar el desarrollo, curso, duración terminación y propagación de la enfermedad, no dudo adherirme á la opinion, de los que, con claros y lógicos razonamientos, esplican su opinion formulada en amplias y bien precisadas observaciones. Nada importa para este proceder los nombres y procedencia de las personas.

Acto continuo fué cuando el Sr. Nieto nos hizo saber, es decir, nos dijo, porque es de

notar que este orador que tanto blasona de analítico y de exacto en sus esplicaciones, no tuvo á bien explicarnos ninguna de las opiniones que emitió, y así sucedió también con la siguiente: que la fiebre amarilla tiene su asiento en los centros nerviosos. Sea en buena hora, Sr. Nieto; pero esta opinion exigia siquiera la esplicacion de alguna razon de causalidad ó cuando menos de efecto, para poder llevar el convencimiento á la Academia; porque hay que desengañarse, en el seno de esta corporacion, el *magister dixit* no tiene acceso. Aquí cada uno piensa y discurre con sus órganos encefálicos; los comisionados de la inteligencia se han suprimido.

Y como el Sr. Nieto no se dignó manifestarnos las razones en que se apoya esta opinion suya, yo que suelo ser asaz malicioso, estuve, así al pronto, por creer que el digno observador de la fiebre amarilla habia fotografiado esta neurose de la del tifus que yo espliqué al hacer la primera vez uso de la palabra; mas despues me persuadí que esto era llevar demasiado adelante las suposiciones, y llegué á convencerme de que la omision del Sr. Nieto seria tal vez causada por la precipitacion con que el deseo de acabar su discurso le obligaba á hablar. Lo que no nos esplicó en esta sesion, nos lo explicará en más oportuna ocasion.

No creo se lleve á mal pase muy á la ligera, ó como quien dice al soslayo, por la autopsia practicada por el Sr. Nieto. S. S. no pudo aprender nada por lo que en ella observó, de todo lo relativo á la fiebre amarilla, y la Academia no sacó más fruto de la esplicacion que el Sr. Nieto nos hizo de su trabajo anatómico-patológico. En el material que halló en el estómago, sin embargo, si se hubiera detenido el digno académico á buscar en él la hematosina ó cosas parecidas, muy posible es la hubiera encontrado, y acaso, acaso, asido á este hilo hubiera podido penetrar algo en el laberinto, y descubrir en él el principio de los secretos que se ocultan tras los tupidos velos que envuelven la fiebre amarilla y otras varias enfermedades...

Como el Sr. Nieto es sin duda tan dado á las exclamaciones, y á admirarse de las novedades y cosas que S. S. se pinta y se representa *ad libitum* con harta sorpresa mia, pues yo no pronuncié en mi discurso la palabra fiebre intermitente más que una vez de un modo incidental, le oí decir: ¿Es que el señor Torres supone que las intermitentes tienen su asiento en el bazo ó en el hígado, ó que son causa de ellas esos infartos que en estos órganos se observan con tanta frecuencia?

Si mi propósito hubiera sido decir algo sobre fiebres intermitentes, puede el Sr. Nieto

estar seguro, segurísimo de que no me habria limitado á lo que S. S. se limitó en su centésima geremiada, y que por el contrario, me hubiera estendido á esplicar cuanto en la ciencia hay hasta hoy de sabido, ó de más ó menos probable al menos, sobre los miasmas palúdicos, como causa de las intermitentes, y sobre los órganos, aparatos orgánicos ó tegidos sobre que dichas causas ejercen su funesta influencia; como asimismo sobre las alteraciones orgánicas y funcionales que resultan de su accion: hubiera, entre otras cosas, hecho ver al Sr. Nieto que las intermitentes no son siempre consecuencia de miasmas palúdicos, según aseguró S. S., y que mucho menos son todavía estos miasmas producidos siempre por la descomposicion de materias orgánicas animales ó vegetales: hubiera sabido el señor Nieto, puesto que al parecer lo ignora, que los obreros que ocupan sus brazos en remover terrenos virgenes; terrenos en los que nadie ha podido descubrir el mas ligero vestigio de miasma palúdico, son atacados de fiebres intermitentes de todos los tipos, y hasta de naturaleza perniciosa, y que la opinion más admitida para la esplicacion de la naturaleza de la causa que dichas fiebres da lugar, es la de que, en aquellos terrenos, al removerlos, tiene lugar el desarrollo de corrientes electro-magnéticas y electro-químicas, que son las que obran sobre el sistema nervioso de la vida vegetativa probablemente, y dan lugar así al desarrollo de las fiebres intermitentes: hubiera hecho más aun; hubiera sabido el Sr. Nieto, si hablar de intermitentes hubiera sido mi ánimo, cómo se producen esos infartos esplánico-hepáticos de que S. S. nos habló, creyendo sin duda poner una pica en Flandes, y lo que aun es más, que dichos infartos se curan con el sulfato de quinina, y con las pomadas hidrodadas. Hubiera, en fin, el sabio piretólogo sabido mucho más de lo que S. S. tan estemporáneamente nos notició, reducido á lo que dejo apuntado.

¿Qué fin se propondria el Sr. Nieto al sacar á relucir con tan poco lucimiento como oportunidad las intermitentes? Bien hizo su señoría en no detenerse á explicarnos en qué aparato fijan su residencia aquellas fiebres, y cómo se desarrollan, porque ninguna relacion tiene todo esto con la cuestion de los contagios; aunque yo presumo que no hubo de ser esta la causa que retrajo al S. S. de darnos aquella esplicacion.

De estas premisas, de los principios que dejo copiados del discurso del Sr. Nieto en todo lo relativo á lo que dijo sobre fiebre amarilla, sacó S. S. la peregrina conclusion de que «esta enfermedad es contagiosa.»

El Sr. Nieto, en lugar de destruir ó de combatir con otras las fundadísimas razones que



yo habia emitido antes, refiriéndome á los médicos ya citados y á otros varios, de que tambien hice mencion, que han tenido ocasion de observar en grande escala los estragos de la fiebre amarilla, se contentó con conceder á tan fuertes razones los honores del más alto desden y soberano desprecio. El Sr. Nieto encontró, y esto es muy natural, más fácil, al paso [que menos comprometido, entretener un rato á la Academia con su larga perorata sin relacion alguna con el punto de doctrina que se debate, y así lo hizo. ¿Qué le importaba á S. S. la fuerza de mis argumentos contra los contagios?

(Se continuará.)

#### NECROLOGIA.

Ya hace algun tiempo que estábamos en el deber de cumplir una deuda sagrada de amistad y de justicia dando á luz, siquiera fuese de un modo ligero, los principales hechos y virtudes de nuestro querido y predilecto amigo y compañero el Dr. D. Félix Guerra Vidal, que el 10 de junio próximo pasado fué llamado por el Sér Supremo á la mansion de los justos: deber tanto más sagrado cuanto que, prescindiendo por un momento de la amistad que á él nos ligaba, la prensa está obligada á hacer justicia al mérito y la virtud donde quiera que se halle, presentando como modelos dignos de imitar á los que, como Guerra Vidal, han sabido reunir *ciencia y virtud*, á costa de incesantes penalidades, á fuerza de constancia y energia sin límites. ¡Si los hombres que han consagrado su vida entera en bien de sus semejantes no merecieran nuestro eterno recuerdo, diéramos una prueba bien triste de injusticia y olvido!

Lean, pues, los jóvenes el siguiente artículo biográfico (que por circunstancias ajenas á nuestra voluntad, no se ha publicado hasta hoy *aniversario del natalicio* de Guerra), y en él, aunque con desaliñadas frases descrito, podrán ver cuánta perseverancia, cuánta abnegacion, cuánto amor á la ciencia y cuánto sacrificio en bien de sus semejantes tején una corona inmortal á Guerra y le hacen digno de la más alta estimacion entre sus conciudadanos!

#### Biografía del Dr. D. Félix Guerra Vidal.

Un hombre acaba de bajar al sepulcro, y aunque este es un hecho supremo en la historia de la humanidad pasa las más veces desapercibido para casi todos, á no ser que el finado sea un varón ilustre que se haya hecho notable en la breve carrera de su vida. Pues bien, la muerte de nuestro querido amigo y estimado compañero el Dr. D. Félix Guerra Vidal no ha pasado ignorada, ha hecho de-

loroso eco en muchas personas, y como su pérdida á más, redundó en perjuicio de la sociedad entera, justo es, ó mejor dicho, necesario y digno, que rindamos un pequeño tributo á sus merecimientos, esponiendo, siquiera sea corta y pálidamente, una breve reseña de su vida.

Nacido en el año de 1822, en la renombrada patria de Santa Teresa de Jesús, en Avila de los Caballeros, é hijo único en segundas nupcias de D. Antonio y doña Teresa, creció robusto y mimado por sus padres, cuya felicidad constituia. Para su madre en particular, era su ídolo, más que su vida.

Hizo sus primeros estudios en una de las escuelas de primeras letras de esta ciudad con rara aplicacion, y cuando emprendió los filosóficos en aquel Seminario conciliar se dedicó á ellos con tal ardor, que obtuvo, no digamos buenas censuras que no siempre revelan el aprovechamiento, sino un caudal de conocimientos de esta índole que habia de serle algun dia de aplicacion utilísima.

Entusiasta á la vez por la música, la llegó á poseer hasta tal grado de perfeccion, que bien pudiera haberse formado una especialidad en la sublime invencion de Tubal, de haberla cultivado. Todavía resuenan en los oídos de sus amigos predilectos los gratos acordes con que les deleitaba despues de un dia de trabajo sin fin.

Su posicion por entonces le sonreia por do quiera: hijo de una madre, ufana con el único pedazo de sus entrañas, no habia gusto que no le concediese, si bien hay que advertir que el alma de Guerra no era descontentadiza y se inclinaba siempre á lo recto, á lo bueno y á lo justo.

Su padre disfrutaba una pension, producto de sus años de servicio en el destino de Hacienda, que desempeñara con honradez durante una larga época; su mujer habia aportado algunos bienes al matrimonio, y nuestro amigo poseia desde la cuna dos buenas capellanias, capaces de sostener por sí solas los miembros que constituian la familia.

Sus maestros le querian como quieren siempre á un aventajado discípulo y á un joven de buenos modales é intachables costumbres.

Todo, pues, le era halagüeño: en todas partes respiraba el suave aroma de la dicha: su porvenir era de color de rosa. Pero como del hombre huye siempre la felicidad, ora porque en la tierra no exista, ora por su incolmable afán de obtenerla, nuestro Guerra empezó á ser víctima de la desgracia.

Apenas contaba tres lustros todavía, cuando la malhadada guerra de sucesion estaba en su apogeo; cuando daba el país su sangre, dinero, tranquilidad y futura riqueza; cuando nadie se ocupaba de otra cosa que de aprestar

elementos de destruccion y armas para el combate, y tanto luto y tanta desolacion habian de alcanzar á nuestro amigo y cambiar completamente su estrella.

D. Antonio Guerra era entusiasta por las instituciones políticas absolutas, odiaba el sistema representativo, se veia sin fuerzas por sus años y acaso sin valor para tomar parte activa en la contienda empeñada por tantos con más ambicion que rectas intenciones y en hora aciaga concibió el absurdo proyecto de sacrificar á su hijo enviándole á las filas carlistas.

Sacrificarle, decimos, porque en un solo dia perdía su padre, su madre, sus maestros, sus amigos, su suelo, sus proyectos tal vez para el futuro, todo cuanto podia serle querido, todo lo que le hacia grata su existencia.

¿Admitiremos nosotros espontaneidad en este memorable hecho de su vida? ¿Aceptaremos en él la fé política necesaria para adoptar este partido? ¿Se encontraba nuestro Guerra en condiciones de emprender una lucha azarosa en busca de posicion cuando él no carecia de ella?... No queremos entrar en dar respuesta á estos interrogantes porque se encuentra en lo que llevamos espresado; pero si diremos que ni su edad, ni sus circunstancias sociales, ni menos aun las intelectuales de que por entonces estaría dotado, podian impulsarle á penetraren una senda que tanto le apartaba de la en que vivia, y que ninguno de los muchos que despues han cultivado con placer su amistad han podido apreciar en él opinion política intransigente, y menos todavía creencias filosófico-sociales de coaccion y despotismo, de esclavitud del pensamiento, de intolerancia al progreso.

Al tomar parte, pues, en esta encarnizada lucha no obré impulsado por la fé política, ni por el frio é interesado cálculo; lo hizo exclusivamente obedeciendo los deseos y tal vez el mandato espreso de su padre.

Algo podríamos decir de proceder semejante, alguna inculpacion grave podríamos dirigir al padre de un hijo único en su segundo enlace nupcial; pero obrar así sería profanar el silencio y la santidad de una tumba, seria penetrar airados en una mansion donde los que en ella moran rompieron contritos con su pasado. Pero lo cierto es que nuestro inolvidable amigo, desprovisto de pasaporte y esquivando por lo tanto la vigilancia de la justicia, ingresó en calidad de cadete en las huestes carlistas, que militaban en Aragon, no sin arrostrar con ánimo sereno los mil riesgos que debia encontrar en su tránsito desde la ciudad cuyos guerreros tan gran parte tuvieron en los laureles patrios adquiridos en la memorable



batalla de las Navas de Tolosa, hasta la provincia cuya capital recibe por su heroísmo el sobrenombre de invicta.

Aquí debiéramos haber visto al niño de ayer, arrullado aun en el seno de su madre, con sus mimos, con su molicie, con sus placeres, transformarse al siguiente día en un hombre resuelto y fuerte (1).

Hambriento, con sed, descalzo, con los pies ensangrentados y lleno de fatiga, hacia las marchas forzadas á que tan de continuo se entregaban los ejércitos beligerantes: donde quiera que había que escalar un muro, él era el primero en practicarlo; en un ataque mortífero la primera bayoneta era la suya; había que custodiar un convoy de importancia, su compañía era la preferida; y solo de este modo, en fuerza de privaciones sin cuento sufridas con la resignación del héroe, y después de haber hecho un papel en las tomas de Cantavieja y de Morella, lo mismo que en la rendición de esta plaza, fué como pudo conquistarse el empleo de capitán. Pero aun le restaban más amarguras: su destino era el de mártir. Cayó prisionero: esperaba oír de un momento á otro la sentencia de muerte, tan fácilmente fulgurada en aquella época calamitosa para España, cuando un ansiado cange puso fin á esta escena de angustia. Vino, por fin, el convenio de Vergara, y Guerro pasó á Francia, donde sufrió las penalidades de la emigración, pero a la vez aprendió mucho en el instructivo libro del infortunio. Cultivando buenas relaciones y entregándose al estudio con incansable afán, consiguió poseer con envidiable perfección la lengua francesa; abrigó el propósito firme de hacerse hombre de carrera, y no bien vió depuesta la ensañada ira de partido, volvió á su madre patria y emprendió el año 1844 la carrera de medicina.

Notablemente mermada la fortuna de sus padres y la suya propia, tenía que allegarse recursos para satisfacer sus fines. Su casa podía auxiliarle muy poco en su nueva y costosa empresa; pero á Guerro, que no le arredraban las dificultades y abrigaba la convicción de que en muchos casos querer es poder, con laboriosidad y constancia, ingresó de practicante en el hospital militar de Madrid, entró á la vez de escribiente en la redacción de un periódico donde trabajaba de noche, y pobre en necesidades, y rico en virtudes, contaba ya lo bastante para hacer sus estudios, no con tiempo sobrado, pero sí con afición decidida, no con holgura, pero sí con fé en el porvenir que su trabajo había de reportarle. En efecto, en el hospital se distinguió bien pronto por su aplicación y exactitud en

(1) Al espresarnos así, no lo hacemos por haberlo presenciado ni oído decir á nuestro amigo, sino á varios que hicieron á su lado esta campaña.

el cumplimiento de sus deberes, y mereció el aprecio de todos los profesores del establecimiento; en el colegio de San Carlos era estimado de sus condiscípulos, que reconocían en él al joven laborioso por excelencia é instruido, á la vez que modesto, al compañero dispuesto á sacrificarse en aras de otro, al hombre, en fin, que se complacía en prodigar el bien en cuanto á su alcance estaba. Formó parte del repaso médico quirúrgico establecido por Velasco, San Martín y algunos otros, y sin rendirse aun bajo el peso del mucho trabajo que se había impuesto, creó otro repaso particular con sus buenos amigos Creus, Montejo, García Lopez, Poblacion, Builla y Ortega Cañamero, en el que cada cual explicaba durante una hora la lección que le tocara en suerte de cualquiera de las asignaturas cursadas hasta entonces. Miembro de la Sociedad de socorros mútuos de alumnos médico-cirujanos, sócio de la distinguida Academia de Esculapio, en la que desempeñó con celo é inteligencia cargos honoríficos, incluso el de Presidente de la corporación; sócio después de la quirúrgica matritense, cuya junta directiva le distinguió también no pocas veces, admitiéndole en su seno y concediéndole el título de sócio de mérito, vemos que nuestro buen amigo no desperdiciaba ocasión de aprender, ni de ser útil, y que en todas partes reconocían y premiaban su mérito y su laboriosidad. Sus cátedráticos no solo le hacían justicia calificándole con las primeras censuras y con un premio en anatomía práctica, sino que le distinguían con su amistad y protección.—Fourquet, Asuero, Castelló, Hysern, Mata y algunos otros fueron desde entonces amigos suyos, y el último sobre todo le dispensó su protección hasta el punto de tener un rasgo de ella que le enaltece, y no tenemos inconveniente en publicar.—Guerro, acosado por la necesidad de adquirir más, porque sus necesidades acrecían con el adelanto en su carrera, y deseo de cumplir la palabra de casamiento que había dado á una joven de familia distinguida y opulenta un día, pero que había venido muy á menos por vicisitudes políticas y cuya cabeza acababa de sucumbir, concibió la idea de utilizar sus buenos conocimientos en filosofía y se hizo regente en esta facultad; se habilitó, en una palabra, para ejercer el profesorado en colegios incorporados á la Universidad Central; y como ya era cátedrático de francés en el colegio de Carabanchel, tomó á su cargo en el mismo la asignatura de psicología y lógica, que enseñó más tarde en el de D. Ramon Meana y en el politécnico. Pues bien, en este último, dirigido á la sazón por el respetable y erudito doctor D. Bonifacio Sotós Ochando, tenía que ocupar la misma hora que en el

de San Carlos empleaba el Sr. Mata en dar sus lecciones; y noticioso por nuestro amigo de esta circunstancia y conocedor de sus virtudes, ofreció dispensarle la asistencia á su cátedra, si bien es cierto que esta liberalidad por parte de Mata apenas fué necesaria, porque su discípulo consiguió explicar á otra hora en el colegio á que nos referimos.—Tenemos, pues, á nuestro Guerro, á la vez que siguiendo con aprovechamiento su carrera y desempeñando la plaza de aparatista en el hospital al lado de D. Matias Nieto y Serrano, de cátedrático de francés y psicología y lógica en el colegio de Carabanchel, y de esta última en los de Meana y politécnico.—Por esta época fué acometido de unas intermitentes de tipo cuartanario que se enseñorearon de su organismo durante dos años á lo menos, y aunque queríamos pasar en silencio este incidente, no podemos hacerlo en demostración palpable del grado que medía su temple de voluntad. Sufrió cuartana tan intensa y larga que hubiera postrado una organización más fuerte que la suya, pero no un espíritu tan esforzado, y así es que solo dos ó tres días en este largo periodo dejó de entregarse á sus incesantes y penosas tareas. Con ella iba á pié á Carabanchel y con ella volvía, con el frío se encontraba en clase en calidad de discípulo y con los estudios siguientes se hallaba ó explicando ó en el hospital, ó en la Academia, ó en cualquier otra parte en que fuera necesaria su presencia. ¡Desgraciado! Su loco entusiasmo y su ciega afición al trabajo oscurecían su razón y no comprendía que tanto abusar de sus fuerzas minaba sorda y traidoramente su existencia!

Concluye, por fin, su carrera; visita poco, pero con acierto y consiguiente fortuna; traduce del francés al castellano con inmejorable escrupulosidad el *Bouchut* (tratado de enfermedades de niños), el *Verdè-Delisle* (degeneración de la especie humana por la vacuna), el *Nelaton* (tratado de patología quirúrgica), el *Ginrac* (patología general) y algunas otras que pudiéramos añadir, y se ve agraciado muy luego con la plaza de médico-director interino de los baños de Grávalos, en la provincia de Logroño. Pero por esta época, en el año 55, tuvo lugar otro hecho distinguido en la carrera médica de nuestro memorable compañero.

En la temporada de baños, y encontrándose en ellos con su señora, enferma por entonces, estalló imponente y aterradora cual siempre la epidemia nacida del Ganges, en Cervera del rio Alhama, villa poco distante de Grávalos. Sabe que los médicos existentes en ella no son bastantes para socorrer tanto invadido, y oyendo solo los nobles impulsos de su alma y no escuchando los las-



ñimeros ayes de su esposa, se presenta en el pueblo epidemiado y se constituye en Providencia suya en el momento de sentirse próximo á perecer en un marasmo moral. Recorre impávido de noche y día la población, pone en planta la más rigurosa higiene secundado por los esfuerzos de sus ya alentados compañeros y de aquel municipio, se multiplica en todas partes, tiene la fortuna de arrancar á la muerte muchas víctimas, y cuando llega el venturoso día de la desaparición de la enfermedad asoladora, se retira sin aceptar la remuneración positiva de sus sacrificios. ¿Puede darse conducta más elocuente para que nos esforcemos en ponderarla? Creemos que no, y por lo mismo solo diremos que por ella mereció las gracias de S. M. la Reina (Q. D. G.) y que ostentara en su pecho la escaseada cruz de epidemias y más tarde la del orden civil de beneficencia.

Tanta laboriosidad, tanta virtud, tanta abnegación, tantas pruebas de suficiencia como había dado nuestro Guerrero no se ocultan fácilmente, y así es que el Gobierno de S. M. le nombró juez en las oposiciones á la plaza de director facultativo del Hospital de Dementes de Toledo y vocal de la comisión facultativa para redactar un nuevo reglamento de aguas minerales, y por último le agració con la plaza de primer médico del hospital militar de Manila, destino que rehusó y en cambio del cual le concedieron la de médico-director de los baños de Arteijo.

Vemos, pues, que el terreno médico era feraz para nuestro amigo, que cultivándolo con la instrucción y constancia que le eran familiares hubiera recogido en él ópimos frutos. Pero nuestro compañero tenía otras inspiraciones, abrigaba otros proyectos más en consonancia con sus delicados sentimientos, más armonizados con su deseo de ser útil á la sociedad sin esponerse á los mil vaivenes y amarguras porque de continuo pasa el médico práctico y á las que no podía acostumbrarse.

Habituado de largos años á tratar niños, á estudiar y conocer á fondo y con notable facilidad las tendencias y disposiciones de esta bella época de la vida, quería aprovechar sus inmejorables dotes en bien de estos retoños sociales que tanto necesitan de un director apropiado; y firme en su propósito, entabló la compra de la mitad del colegio de Carabanchel con su director y propietario el finado D. Segundo Carrasco.

Acopió sus ahorros, acudió á sus amigos, y sin más garantías que su palabra y su honradez le facilitaron una crecida suma con relación á su fortuna, que le hizo dueño de la mitad de aquel establecimiento á principios del año 57. Con su presencia y dirección en

él ya se notó al médico instruido que aplica racionalmente sus especiales conocimientos, al profesor que concilia y dosifica el desarrollo físico á la vez que el psicológico, al hombre, en fin, que huyendo de la rutina y el empirismo pedagógicos eleva la ciencia de enseñar á la altura que debe tener un ramo tan importante del árbol del saber.

Pero necesitaba verse dueño absoluto de aquel pequeño templo de la sabiduría para plantear sus meditados y fructíferos proyectos; necesitaba dirigir por sí y sin traba alguna empresa de tanta transcendencia; y los padres de los educandos que conocieron muy luego que Guerrero era el hombre que necesitaban para gobernar con prudencia y tino el alma, el cerebro y el cuerpo de sus tiernos hijos, no vacilaron un momento y le ofrecieron liberales á la vez que egoistas, los medios materiales de conseguir la otra mitad del Colegio que Carrasco no tuvo inconveniente en ceder.

Dueño absoluto ya de la situación, emprendió mejoras locales dictadas por el cumplimiento de la higiene, de gran coste pero de grandes resultados para el desarrollo orgánico del niño, modificaciones en el modo de dar la instrucción que, simplificando, estuviese más al alcance intelectual de quienes la recibían, más en armonía con sus facultades asimiladoras cerebrales; cambios radicales en el régimen interior del establecimiento, que tan justa fama le han alcanzado; en una palabra, todo lo que la pedagogía bien entendida é interpretada por un aventajado discípulo de los Asclepiades puede dar de útil y provechoso.

Hé aquí, pues, el por qué decíamos al principio que la muerte de Guerrero había sido una pérdida para la sociedad, porque su buena ó mala base estriva en gran parte en la dirección que se imprime á la parte orgánica, intelectual y afectiva de los que han de vivir un día constituidos en sociedad y pueden romperla, corregirla, y acaso gobernarla por buen ó mal camino. No solo se ha perdido un excelente padre, un inmejorable esposo, un ejemplar hermano y un singular amigo sino un protector social de primer orden y que rayaba á una altura poco común.

Pero lleguemos ya al motivo de su muerte.

Si alguna vez pudiera dudarse que Dios llama para sí lo bueno, en la ocasión presente se desecharía la incertidumbre por completo, según se colige de lo que dejamos apuntado. Así es que en el vigor de su vida, cuando más robustez debiera haber alcanzado, á los 55 años, agobiado por el enorme peso de sus deberes y sosteniendo una lucha sin tregua con sus necesidades morales de atenderlo todo en demasía, es acometido por una hemoptisis ligera, pero que le pone á las puertas del sepulcro.

Vuela á Pauticosa, y en sus salutíferas aguas encuentra lo que busca; vuelve al parecer lleno de vida, entusiasmado con el resultado feliz que ha conseguido, pero al año siguiente, y por la misma época, hay otra manifestación peligrosa.

Regresa á aquel manantial por tres años seguidos, y aunque siempre conseguía algún alivio, iba perdiendo de día en día de su vigor físico y de su temple moral.

Llegó, por último, el principio del año actual, y empezó á perder el apetito y las fuerzas, á tener una dispepsia muy graduada, un estreñimiento pertinaz, á ser víctima de alguno que otro acceso febril vespertino, verdadera intermitente sintomática de un trabajo purulento las mas veces, y determinó en el mes de abril marcharse á Villanueva de la Cañada al lado de un compañero bueno y afectuoso como pocos, de D. Deogracias Gonzalez.

A la bondad del clima de aquella localidad confinante con la sierra, á sus excelentes aguas y sobre todo á la solicitud y tiernos cuidados de su esposa y del referido compañero, debió bien pronto una mejoría que le permitió pasear y digerir regularmente, que le prestó fuerzas y algunas carnes; pero, ¡ay! esta mejoría fué tan fugaz como mentida.

Alentado con ella, vuelve al colegio, objeto de todos sus afanes; sus discípulos le preparan una entrada verdaderamente regia, le hacen manifestaciones de todo género que le prueban el crecido interés que se tomaban en su situación; y todo esto, lejos de acariciar suavemente su alma y de vigorizarla, le agobia y le deprime hasta un punto difícil de describir, porque comprendía que su hora era llegada y que tenía que despedirse para siempre de tantos amigos como le rodeaban, de sus colegiales, de su esposa, de sus hijos, de la atmósfera vital, para decirlo de una vez, que le era tan querida.

Tal depresión moral, este ataque brusco á su ya abatido espíritu no tarda en resonar aciago en su organismo y vuelve al mismo estado en que poco antes le veíamos sumergido. Decide, por último, trasladarse á Rames, provincia de Santander, en compañía de su necesaria y excelente esposa, porque en aquel montañoso pueblo había conquistado la salud uno de sus buenos amigos, y con grandes trabajos, con repetidas detenciones y gastando á torrentes la inmensa fuerza de su voluntad, llega al punto de su destino, como él amargamente le llamaba.

Una vez allí, todo le es sombrío menos su cariñosa compañera; todo le hace ver cercano su fin, todo le presagia la proximidad de la terminación de su existencia; y en efecto, lejos de todos los seres y objetos que le eran gratos, á escepcion de su joven y



ejemplar esposa, ausente de todos y pronunciándose una diarrea copiosa que acaba de extinguir las pocas fuerzas que le quedaban, exhala su postrimer suspiro en brazos de aquella con la tranquilidad más envidiable, con la dulzura y resignación del justo, precisamente cuando empezaba á recoger el fruto de sus constantes desvelos, cuando iba á realizar proyectos que revelaban al *genio*.

Pero en su muerte hubo una circunstancia que no debemos ocultar. Esperaba con ansia la llegada á su lado de su hermano político D. Manuel Ortega Morejon y lucia para él el día postrero de su vida.

Aun no habia recibido los Santos Sacramentos y deseaba aplazar tan solemne acto para cuando estuviera presente aquel. Pero no habia de satisfacer tampoco tan natural deseo. Dan las nueve de la mañana, se siente muy mal y desesperanzado de tener en este trance una ayuda moral para sí y su desconsolada esposa, manda llamar con urgencia al venerable sacerdote de aquel pueblo, es viaticado y oleado, edifica á todos con su uncion religiosa, y á las diez y media de la mañana del 16 de junio próximo pasado deja el mundo para tener entrada en la region de los escogidos por el Hacedor Supremo.

¿Puede darse historia más interesante y larga en 39 años de existencia? ¿Puede haber un modelo mejor de hijos, esposos y amigos? ¿Hay algo que criticar en las páginas que constituyen su vida? ¿No merece toda ella una alabanza sin fin? ¿Existen por ventura hombres que cual Guerro sirvan para discípulo, para maestro, para hombre de armas, para buen ciudadano y amigo de abnegación sin igual? Dejamos la contestación de estas preguntas á la consideración del lector.

Solo diremos para concluir, que el magisterio ha perdido uno de sus más entendidos representantes; la medicina, no un práctico consumado, pero sí un profundo y apreciable filósofo; la sociedad un gran elemento de prosperidad futura con la desaparición de un pedagogo poco comun por su inteligencia en el arte de educar; su familia su mejor miembro; sus amigos un hombre dispuesto á sacrificarse gustoso en aras del más querido y suave lazo que une en la sociedad, y todos á un sér privilegiado dispuesto siempre á proteger al desvalido. Y si alguno duda, que no lo esperamos, de la verdad de algunos de los brillantes hechos que campean en la presente biografía los Fourquets, los Asueros, los Castellós, los Carramolinós, los Monlau, los Galdós, los Valles, los centenares de padres que le confiaron sus hijos, y otros que citar pudiera, se encargan de desvanecerla.

¿Concluirá nuestro artículo necrológico con la frase final que se estampa ordinariamente al pie de ellos? ¿Diré que la *tierra le sea ligera*?

No; porque si hombres como Guerro no gozan de las bienandanzas del Omnipotente, desventurados de nosotros que tan distantes estamos de poseer sus virtudes! Sí, amigo querido, abrigamos esta convicción; y si aliá en la celestial morada puedes consagrar tus recuerdos á los que dejaste en la mundanal region, acuérdate á menudo de los amigos que, destrozada el alma, te dedican estas líneas y lloran amargamente tu pérdida.

Hé aquí los principales hechos de la vida de nuestro amigo que tanto le enaltecen á los ojos de toda persona sensata. Este artículo, pues, no es debido á la opinión apasionada de un amigo, sino al juicio formado por cuantas personas le trataban con más ó menos intimidad.

León y Luque.

#### Cartas sobre la esposicion de Londres en 1862.

##### CARTA DÉCIMATERCERA.

Una de las circunstancias que hacian esperar con mayor impaciencia la esposicion de 1862 era la de saber hasta qué punto habia adelantado la sociedad pacífica del siglo XIX en las armas y pertrechos de la guerra.

Todo el mundo sabe que desde que el Emperador Napoleon III de Francia habia dicho al Alcalde de Burdeos en una ocasion célebre, que *el Imperio era la paz*, los pueblos, entendiendo la frase como el caricaturista de París, que cambió la pronunciaci6n de *la paix* por la de *le péé*, es decir, temiendo que el imperio fuese la espada, optaron por la pacífica tarea de armarse hasta los dientes, y promovieron ó contribuyeron á crear una situacion de calma, apenas interrumpida por alguna que otra reyerta de escasa monta.—Porque, en efecto, durante la época trascorrida desde que la frase fué pronunciada, y á escepci6n de una guerra de conquista en Argel, y otra guerra de exterminio en Oriente, y otra guerra religiosa en Anam, y otra guerra de preponderancia en Austria, y otra guerra de vecindaje en Marruecos, y otra guerra de invasi6n en China, y otra guerra revolucionaria en Italia, y otra guerra civil en los Estados Unidos, y otra guerra de protectorado en Méjico, y algunas pequeñas guerras más en determinados puntos subalternos, como el Cáucaso, el Montenegro, la Siria, etc. etc.; á escepci6n de estos leves disgustos entre la familia humana, decíamos, el mundo no ha tenido que temer en los 10 últimos años más que por su seguridad general, si un soplo de maléfico viento facilitaba la ocasi6n á Rusia de echarse sobre Turquía, á Francia de echarse sobre Inglaterra, á Prusia de echarse sobre Austria, á Austria de echarse sobre Cerdeña, á Cerdeña de echarse sobre Roma, á España de echarse sobre Africa, á Sur-América de echarse sobre Cuba, á las repúblicas trasatlánticas de echarse las unas sobre las otras; y por lo que hace al interior de los pueblos, á que las clases bajas se viniesen á las manos con las altas, en esa enorme lucha social que los mo-

dernisimos agitadores están provocando inadvertida pero violentamente desde la época citada.

Solo estos leves motivos de recelo aconsejaban á la Europa culta no dejarse dormir sobre los laureles de la paz proclamada en Burdeos; y ellos bastaron para que la ciencia y el arte aprestasen los inmensos recursos de que disponen, ofreciéndose propicios á gobiernos y reyes en ayuda del armamento general más espantoso que siglos y generaciones pudieron nunca discurrir.

El palacio de Kensington era el palenque esperado por los hombres de la moral y de la filosofía para contemplar la inventiva destructora de los hombres del álgebra y de la electricidad. Allí iban á reunirse en torno de los pacíficos instrumentos de la labranza de los campos las terribles máquinas asoladoras de las ciudades; allí, junto al telar del paño barato y fuerte que detiene el cuerpo del hombre desnudo, iba á colocarse el instrumento homicida que taladra con mayor facilidad el cuerpo del hombre vestido; allí figurarian en extraño consorcio los útiles para hacer productiva la tierra, y los útiles para esterilizarla con más prontitud; á un lado del mecanismo con que el barco mercante atraviesa veloz el Océano, cambiando la vida de los pueblos, se colocaría el mecanismo con que el barco militar bloquea las costas para impedir la comunicaci6n humana; y, por último, allí habian de darse el brazo la civilizaci6n y la barbarie, lo que restaura y lo que destruye, las armas de Dios y las del diablo.

Legítima era, pues, la curiosidad de los observadores, y tanto más si se atiende á que de muchos años ántes venian anunciándose en son de amenaza descubrimientos é invenciones terribles que cada día compraban secretamente los gobiernos poderosos para exhibirlas en ocasi6n oportuna como espanto de rivales y antemural de conquistadores.

A propósito de estas compras secretas de los gobiernos, el lector va á permitirnos una digresión que, así es oportuna en el momento que hablamos como provechosa puede ser para los que en nuestra patria tienen el encargo de distribuir las partidas del presupuesto.

Nadie habrá olvidado, por escasa que sea su memoria, los mil anuncios de destructoras máquinas, formidables proyectiles y tremendos mecanismos de guerra con que se venia asustando al mundo desde la paz de 1815, ora como reserva del francés contra la malevolencia del británico, ora como recurso de este contra la Imperial insidia de su vecino, ora como elucubracion salvadora del filosofismo alemán contra los materialistas occidentales, ya, en fin, como magia del ruso ó vanguardia del Norte-americano. Cada semestre por lo menos anunciaban los periódicos militares de esos paises la comprobaci6n oficial de un descubrimiento capaz de destruir las defensas existentes, sin daño ni aun peligro de los destructores. Una vez era el cañ6n el encargado de alcanzar no sabemos cuantas leguas, y estender la desolaci6n y la muerte entre los desprevenidos adversarios, sin que pudiera calcularse el punto desde donde se les atacaba. Otras veces una bomba particular, arrojada por el mortero más portentoso, servia primeramente de bala para herir, despues de ariete para derribar, de luminaria lue-



go para encender almacenes y campos, de metralla, por último, para difundir la alarma entre el enemigo, cuando no para esterminarlo por completo. El rifle hoy, la carabina mañana, la pistola otro día, el secreto siempre, eran la canción perdurable de los hombres de guerra en todos los países, quienes, al modo de niñera que asusta al rebelde pequeño, pasaban la vida diciéndose unos á otros: «¡que viene el búl!»

Y el bú venía, con efecto; porque ganosos los pueblos de la paz, firmes ya en la creencia de que medio siglo de no pegarse bastaría para enriquecer é impulsar á las naciones hasta un punto de prosperidad fabulosa, todos juzgándose fuertes en su casa y haciéndose temer de la agena, contribuían á sostener un pacífico equilibrio, alterado únicamente por las voces alarmantes de nuevas invenciones y descubrimientos.—Pero el reparto de la Turquía, preparado para el mediar del siglo y frustado sin duda por la desmedida ambición de los repartidores, provocó en 1852 esa espantosa campaña, la más formidable y sangrienta de los tiempos modernos, en que cinco naciones poderosas se empeñaron en una lid de exterminio, cuyo primer resultado fué necesariamente el armamento general de los otros pueblos.

Sonó, pues, la hora de las misteriosas exhibiciones. La tierra enemiga apenas podía sostener el peso de los combatientes y de sus máquinas de combate: el mar parecía pequeño para contener las flotas aliadas, que en prodigioso número y con inusitados aprestos se lanzaban á la pelea; por todas partes se esperaban maravillas del arte militar, ó, como si digéramos, titeres de muerte; y ¿que sucedió?—Nadie lo habrá olvidado. Los hombres se mataban en Crimea como se mataban ántes en otros sitios: una escuadra numerosa y fuerte destruyó á otra pequeña y débil por los métodos ordinarios; un ejército de 400,000 hombres puso sitio á una plaza, que al cabo de 23 meses se asaltó en la forma de los asaltos comunes: la flota mayor que ha azotado las aguas bombardeó lisa y llanamente ciudades de las costas, y bloqueó, hasta donde el número de embarcaciones pudo alcanzar, las zonas enemigas. Esto en cuanto á resultados públicos: que por lo que hace á los secretos, las revelaciones últimas de la administración y el Almirantazgo de Inglaterra nos han demostrado que los ejércitos de las primeras potencias casi se murieron de hambre, y que sus buques novísimos se hubieran ido á pique si la necesidad les hubiese obligado á disparar sus cañones.—¿Dónde estaban, pues, aquellas armas extrañas, aquellos procedimientos mágicos, aquellas misteriosas adquisiciones que habían de asombrar al mundo?—Nosotros lo diremos delante de la exposición de Londres y con los ojos de la filosofía.

Para ser poderosos en la tierra no se necesita más que una de dos cosas; ó serlo ó parecerlo; ó disponer verdaderamente de recursos superiores á los de los demás, ó conseguir que todo el mundo crea que se dispone de ellos. Este método que en la vida del individuo hace de un hombre medianamente acaudalado un banquero opulento, de un militar vulgar un héroe, de un profesor estudioso un sabio, y á veces hasta de un malvado un varón justo, y de un ignorante un genio; este

método, aplicado á la vida de las naciones, puede hacer poderosa á la que no es más que respetable, invencible á la que no fué más que vencedora, y hasta dar el predominio del mundo á quien con dificultad conservaría en ocasiones difíciles el predominio de su casa. La cuestión de este método está en la prueba; y como la prueba en asuntos que la generalidad de las gentes cree probados es punto poco menos que imposible, de aquí el que, una vez conseguida la fama, sustituya esta perfectamente á los verdaderos fundamentos sobre que debió asentarse, y sean los recursos que llamaremos de ilusión, recursos tan útiles como los de hecho.

(Se continuará.)

Monte-pío facultativo.

SECRETARÍA GENERAL.

Doña Francisca Martínez, viuda del socio fundador D. Jacinto Gil Ibañez, solicita la pensión que la corresponde por fallecimiento del espresado socio, ocurrido el 21 de octubre próximo pasado.

Lo que se publica en cumplimiento de lo prevenido en el art. 27 del reglamento, con el fin de que si algun socio tuviese que manifestar alguna circunstancia que convenga saber para el caso, se sirva verificarlo reservadamente y por escrito á la secretaría general, sita en la calle de Sevilla, núm. 14, cuarto principal.

Madrid 8 de noviembre de 1862.—El secretario general, Luis Colodron.

### CRÓNICA.

Los médicos forenses de Madrid, á pesar de tener presentado mucha antes de octubre el reglamento interior del cuerpo, no han tenido todavía el gusto de verle aprobado ó modificado por la superioridad, y continúan por lo tanto celebrando sus sesiones con arreglo al que cuando provisionales les guiaba. Contestamos por hoy con esto á los que nos escriben acerca de este asunto, sin perjuicio de que privadamente lo haremos por estenso y á la mayor brevedad.

El cumplimiento de lo dispuesto por el Gobierno con anterioridad para que las cátedras dobles se reduzcan á una sola, cuando falte el personal de la otra, ha motivado un verdadero trastorno y una dificultad grande para la enseñanza práctica.

La muerte del eminente cirujano D. Dionisio Solís que desempeñaba una de las clínicas quirúrgicas hizo que en cumplimiento de lo dispuesto, un solo catedrático debiera encargarse de los dos años de clínica y en el presente curso, el excesivo número de alumnos ha hecho dividir para el mejor aprovechamiento de la enseñanza clínica y menos molestar á los enfermos, el número del personal matriculado en dos secciones, una de las cuales ha sido encargada al catedrático supernumerario D. Fernando Ulibarri. Tan acertada disposición será de gran provecho para los alumnos que recibirán de tan celoso maestro y operador hábil, el fruto de largos años de experiencia clínica.

Por todo lo no firmado, el secretario de la Redacción,  
Manuel L. Zambrano

### VACANTES.

**Ergoyena.** (Navarra). Médico-cirujano, su dotación 12,000 rs. vn., pagados al vencimiento de cada trimestre. Las solicitudes se admitirán hasta el 18 del presente mes.

**Navarredonda.** (Avila). Médico-cirujano, su dotación 10,000 rs. Las solicitudes se dirigirán al presidente del ayuntamiento en todo el mes actual.

**Irun.** (Navarra). Médico-cirujano, su dotación 7,000 rs. Las solicitudes hasta fin de diciembre próximo.

### ENCICLOPEDIA DE CIENCIAS MEDICAS.

## CLINICA MEDICA DEL HOTEL-DIEU DE PARIS,

por A. Trousseau,

Catedrático de clínica médica de la Facultad de Medicina de Paris; médico del Hotel-Dieu; miembro de la Academia Imperial de Medicina; Comendador de la Legión de Honor; gran oficial de la orden del Leon y del Sol, de Persia, ex-representante del pueblo en la Asamblea nacional, etc., etc.

VERTIDA AL CASTELLANO

por D. E. Sanchez y Rubio,

Licenciado en medicina y cirugía, premiado por la Facultad de Medicina de Madrid.

Traducción esclusiva, con arreglo al tratado de propiedad literaria entre España y Francia.

Se han repartido ochocientas páginas del tomo 2.º y último, que constará de unas mil.

Las 800 páginas ya impresas se remitirán á vuelta de correo al suscriptor que abone 46 reales vellon, importe de todo el tomo.

La obra quedará terminada á la mayor brevedad.

Se suscribe en Madrid en la administracion, calle de la Union, núm. 1, tercero izquierda, y en la librería de Bailly-Bailliére.

Las letras, libranzas ó cartas órdenes dirigidas á la administracion, se estenderán á favor de don Eduardo Sanchez y Rubio.

El primer tomo, encuadernado á la rústica y que contiene 934 páginas, se sigue vendiendo á 46 reales.

### OBRAS PUBLICADAS.

#### HIGIENE TERAPEUTICA ó

Aplicacion de los medios de la higiene al tratamiento de las enfermedades, por M. Ribes (de Montpellier) traducida, anotada y adicionada por D. Pedro Espina, médico numerario del Hospital General de Madrid.—Un tomo de 784 pág. 44 rs

**De las metamorfosis de la sífilis.** Investigaciones acerca de las enfermedades que la sífilis puede simular y acerca de la sífilis en estado latente, por Próspero Vaaren. Obra precedida del Informe que motivó en la Academia Imperial de Medicina, y traducida, anotada y adicionada por D. José Ametller.—Un tomo de 560 pág. 36 rs.

**Tratado de química patológica.** Aplicada á la medicina práctica, por Alf. Becquerel y A. Rodier, traducido por D. Teodoro Yañez y Font, doctor en medicina y cirugía, ayudante de medicina legal y de toxicología.—Un tomo de 592 páginas. 36 rs.

**Historia médica de la guerra de Africa,** por D. Antonio Poblacion y Fernandez, segundo ayudante del Cuerpo de Sanidad militar, etc. Un tomo de 236 páginas 12 rs.

**La campaña de Marruecos.** Memorias de un médico militar, por D. Nicasio Landa.—Un tomo de 296 pág. 20 rs.

Véndense estas obras en Madrid en la administracion, Union, 1, tercero izquierda, y en la librería de Bailly-Bailliére.

EDITOR RESPONSABLE, D. PABLO LEON Y LUCUE

Madrid: Imp. de Manuel Alvarez, Espada 6